

Editorial **La Fes**

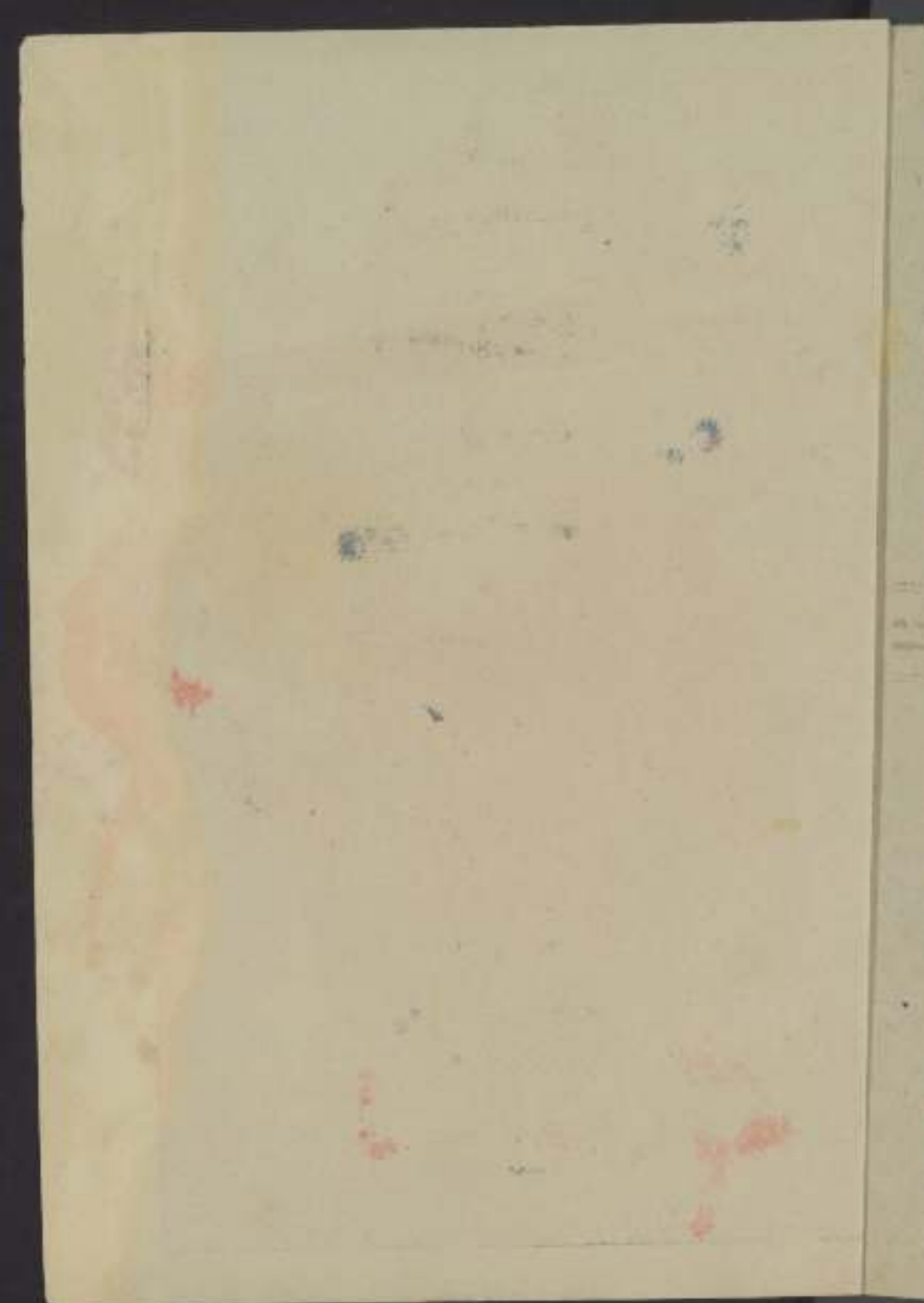


LA BALADA DE BERLIN

GERT FROBE

ARIBERT WASCHER

JOAN SILVA





LA BALADA
DE BERLIN

EDITEUR GUSTAVE LAFONT
7, RUE D'ORFÈVRE, 7
PARIS



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 37 06 57
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: MANÓN SALA VERDAGUER

Apartado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70657

Valencia, 234 :: Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbarrá, 16, Barcelona - Turnera, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XVIII

SERIE ESPECIAL

NUM. 400

NUM. 159

La balada de Berlín

Una película extraordinaria, filmada entre las ruinas de una gran ciudad: Berlín. Una sucesión de imágenes, extraídas de aquella dramática realidad, que nos hacen vivir, por unos momentos, la patética angustia de unos seres que sufrieron los rigores de una guerra y una derrota sin precedentes. Las ovaciones que subrayaron la proyección de la película en la Bienal de Venecia, donde aquella obtuvo el máximo galardón, son una prueba evidente de sus altas cualidades artísticas y humanas. EDITORIAL ALAS se honra en presentar a sus lectores una versión literaria de este film excepcional.

REPERTORIO
M. DE MIGUEL

Distribuida por



CASA CENTRAL:

MADRID

Avenida José Antonio, 42

Teléfono 31 66 07

PRINCIPALES INTERPRETES

GERT FROBE en su papel
de *Otto*, secundado por
Aribert Wascher y
Tatjana Sais

Realizador:

R. A. STEMMLER

Argumento de

GUENTER NEUMANN

Adaptación de

Alfredo de Heredia



EN BUSCA DE SU CASA

Berlin. Pero un Berlin para nosotros desconocido; un Berlin que no conoceremos, porque es el de 2048, o sea el de un siglo después del que vivimos. Esta es la visión que se ofrece ante nuestros ojos una visión futurista, atrevida, audaz; un mundo nuevo imaginario que lleva la marca del progreso.

Allá donde en 1948 existía el Parque Gruneval, se halla totalmente construido un gigantesco aeródromo, en el que constantemente despegan y aterrizan aviones que efectúan largos y por ahora inconcebibles — travesías. Unos aviones de propulsión hacen el recorrido Nueva York-Moscou. Por otro porte, las ciudades de Mogdeburgo y Krustín se encuentran — en el año 2048 — anexionadas como suburbias a Berlín.

¿Quién se acuerda en 2048 del Berlin de un siglo atrás o de aquel otro Berlin, ciudad bulliciosa, dinámica, activa, señorial, monumental, anterior a la guerra de 1939? Han transcurrido nada menos que cien años. Todas las heridas que entonces se abrieron en el cuerpo de la ciudad están ya cicatrizadas; los trágicos jornadas de 1942, 1943 y 1944 han pasado a ser recuerdos históricos.

Pero... Despertemos de aquel sueño; abandonemos el Berlin

futuro que se nos presenta como anticipado testimonio de una época que no sabemos si será mejor o peor que la nuestra, y volvamos a la realidad, a la de 1948. Un Berlín triste, lleno de ruinas con las heridas abiertas y sangrantes, con rostros depauperados y macilentos, los de los «racionados-normales», sujetos a una dieta casi absoluta, controlada por los cartillos individuales que dan derecho a tan poca cosa y que obligan a las gentes a resolver, por su cuenta y riesgo, sus acuciantes problemas.

Un hombre escuálido, un fantasma con americana raída, zapatos usados y sombrero grisiento, avanza por una calle de Berlín en ruinas. Lleva un saco sobre las espaldas.

—¡Eh! ¿Qué lleva usted en este saco?

—Una de las muchas cosas que a usted no le importa.

—Vaya, vaya... Veo que la educación ha progresado poco. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

—¿Fuego?

—Tampoco tengo, Gracias.

—Y ahora — insistió aquel hombre — dígame con franqueza ¿qué es lo que lleva usted aquí?

—Llevo unas patatas que he requisado, pero... guárdeme usted el secreto. ¿Quiere usted algo más?

—Por ahora no, gracias. Siga su camino.

Cierta gente se las arreglaba bien en 1948 — eso nos lo dice una voz que habla en nombre de los berlineses de 2048. Pero los que regresaban a su tierra, después de una gran ausencia, no eran más que «racionados-normales» como el hombre del saco al que nos hemos referido.

Había hecho la guerra — los años más duros, aquellos en que la derrota para los alemanes se iba perfilando trágicamente. Se llamaba Otto y, tanto por su nombre como por su condición social y su manera de ser, era el prototipo del alemán medio, característico de su raza. Terminada la larga y sangrienta lucha en la que se debatió el pueblo germano, Otto regresó a su país con muy pocas ilusiones. Pero, a pesar de ser tan pocas, se descorazonó aún al advertir el lamentable estado en que se

hallaba en 1948 su ciudad querida, en la que sus ojos azules habían contemplado la luz por primera vez.

Aquel hombre amaba a Berlín, porque era su pueblo y allí había pasado casi toda su vida. Pero la verdad era que no lo reconocía. Todo estaba en ruinas y pocos edificios habían sido reconstruidos.

Recorrió lentamente las calles y avenidas de su ciudad natal. Y vió los monumentos de los vencedores extranjeros, levantados en los lugares más céntricos. Luego, pensativo, se dirigió a la Avenida de los Vencedores Nacionales. Allí se le acabó el optimismo que le quedaba. La famosa calle, orgullo de los berlineses, parecía un campo abandonado. Constituía una sombra de lo que antaño fué, ya que los triunfadores extirparon todo vestigio de militarismo prusiano y de monarquía. Sólo los faroles seguían proclamando, con rara fidelidad, su entrañable adhesión al pasado.

Otto contempló, con la tristeza reflejada en las ojos, los restos de las estatuas de los hombres representativos de una Alemania poderosa, altiva, orgullosa de su pasado. Estaba como abstraído. ¡Eran tantas y tan profundas las evocaciones que aquella avenida producía en su ánimo! Pero... era preciso seguir adelante, porque en el Berlín de 1948 nadie estaba en condiciones de dar nada a ninguno de sus semejantes. Y Otto se levantó de su improvisado asiento, los restos de una barandilla que circundaba un jardín del que fué Paseo de las Victorias Nacionales, para continuar su ruta en busca de su casa.

Pasó un viandante.

Era necesario interrogarle, para saber dónde estaba la Plaza de la Salud. A pesar de ser un berlinés de nacimiento y de haber vivido largos años allí, Otto parecía un forastero, un turista, un hombre que visitara por primera vez aquella ciudad —la suya— maltrecha por los bombardeos de la aviación y de la artillería, por el trepidante y destructor paso de los tanques, por los impactos de la fusilería. Y le resultaba difícil, muy difícil, encontrar la casa en la que había residido antes de ser llamado a filas.

—Oiga — gritó Otto —. Usted perdone, si pudiera...

El viandante se puso una mano en el bolsillo de la americana y dió una moneda a Otto.

—No, no... —arguyó tímidamente el muchacho, pues sólo quería preguntar a aquel generoso transeúnte dónde se hallaba la plaza de la Salud.

—¿Todavía le parece poca? —exclamó el interpelado. Y continuó su camino.

Otto ni siquiera tuvo fuerzas para protestar. Ya todo le era igual. Contempló la moneda que aquel viandante había depositado generosamente en sus manos, encogió los hombros y sonrió levemente.

No, no le había comprendido. Y Otto decidió interpelar a otro transeúnte que se hallaba parado en la acera, junto a un farol. Se le acercó y le dijo tímidamente:

—Perdone que le moleste. Si pudiera...

Tampoco aquél supo comprenderle, pero, menos generoso que el primero, exclamó con expresión y gesto de indignación:

—¡Valiente sinvergüenza! Si acaban de darle unas monedas...

Otto no supo qué replicar, y optó por dirigirse a un misionero que pasaba por la antigua Avenida de los Vencedores Nacionales.

—Perdone que le moleste —le dijo— Ya busco...

El misionero le miró y, con un amable acento que reflejaba su bondad y su recta intención, le dijo:

—No buscas tú solo, hijo mío. Busca la Humanidad entera, pero, a cambio de la paciencia de buscar, tendrás como recompensa la felicidad de encontrar.

—¿Qué decir ante aquella insospechada respuesta? ¡Bah! ¡Por lo menos aprovecharía la moraleja.

—Lee atentamente esta hojita —prosiguió el misionero— que te indicará el camino del cielo.

—Busco sencillamente la Plaza de la Salud —apuntó Otto con su timidez proverbial.

—Que Dios te acompañe.

Tampoco aquel misionero le prestó ayuda. La culpa era de Otto, quien no había sabido explicarse bien. Estaba visto. Siendo razonado normal tenía que valerle de sus propias fuerzas.

Siguió andando. Aquellas calles, que tan familiares le habían sido, pues las había recorrido desde niño hasta que le movilizaron para integrar las fuerzas armadas del Tercer Reich, se le antojaban las avenidas de un cementerio para él desconocido.

Pero al fin pudo conseguir lo que anhelaba: hallarse en la Plaza de la Salud y enfrente de su casa. Su casa... Los restos de la casa en la que había vivido. Le costó mucho hacerse la idea de que aquella era la puerta que antaño había cruzado siempre tan alegremente.

Le costó un gran esfuerzo — esfuerzo de orden moral, más aun que físico — penetrar en aquel edificio que tantos recuerdos guardaba para él. En un instante, la visión de la desvencijada casa llenó su pensamiento de evocaciones y sugerencias amables unas, dolorosas otras. Y también por un momento se consideró feliz recordando los tiempos en los que lo había sido verdaderamente. Mas, la realidad estaba allí, incommovible y trágica, en aquellas piedras con grandes boquetes abiertos por la metralla, con aquellos hierros extrañamente reforcidos, con aquellos montanes informes de tierra... Y aquella realidad le despertó violentamente de sus sueños inefables. «Menos mal — se dijo, a guiso de consuelo — que hay edificios que están peor todavía». Eso contribuyó a animarle un poco, e incluso le hizo sonreír levemente, si bien con un dejo de amargura perfectamente comprensible.

Entró. Y lentamente subió las escaleras, procurando no caerse, pues se hallaban en muy malas condiciones. Hasta que se encontró ante la puerta de su piso. Vaciló un poco antes de llamar, pero al fin se decidió. Al fin y al cabo, estaba en «su casa».

Otto oyó unos pasos seguidos, rápidos. Pasos de mujer que el menos perspicaz de los hombres hubiese advertido a través del taconeo.

La señora Hölle, una mujer atractiva, de una treintena de años, trigueña, coqueta, vestida con cierta elegancia — una elegancia poco frecuente en el Berlín de 1948 — le abrió la puerta. — ¿A quién viene usted buscando? — inquirió, amable.

El muchacho vaciló un poco antes de responder. En verdad,

se encontraba sorprendido ante la presencia, en su propio hogar, de una persona para él totalmente desconocida. Pero pudo reaccionar al fin para murmurar:

—A mí mismo.

—Oiga...

—Oiga...

Pero quien oyó fué el señor Zeithammer, un hombre grueso, con aires de satisfacción y de opulencia. Oyó la conversación desde el fondo del pasillo de aquel piso que había pertenecido al bueno de Otto.

—¿Qué busca usted aquí, joven?

—¿Qué espera usted? —inquirió Otto, a su vez.

—Si no sale de aquí volando, llamaré a la Policía...

Pero Otto no era un muchacho que se dejara amedrentar. A pesar de su aspecto y de la timidez que se advertía en su expresión, también sabía ponerse enérgico cuando las circunstancias así lo exigían. Ante la amenaza de Zeithammer, exclamó con fuerza de convicción:

—Si no me permite usted entrar, seré yo quien llamaré a la Policía.

Zeithammer, que no sabía con quién trataba, decidió cambiar de tono y aún de expresión:

—¿Pueda saber quién es usted?

Con acento sincero y firmemente convencido, propio del que está seguro de lo que piensa y de lo que dice, Otto exclamó:

—Sí, señor. Soy el dueño de este piso.

—¿Cómo puede demostrarlo? —quiso asegurarse el hombre gordo.

—Traigo mi licencia como documento. Además, mi nombre está inscrito en la puerta.

—Eso ya es otra cosa. Permitame que me presente. Me llamo Zeithammer. Y esta señora es la señora Holl. Pase, está usted en su casa.

—Usted delante.

—No, no, joven, nada de eso. Puesto que estoy en mi casa...

—Perdone, señor Zeithammer, pero el que está soy yo.

Tanto el señor Zeithammer como la señora Halle rieron francamente. Otto tenía toda la razón. Estaba «en su casa».

Penetraron en las habitaciones interiores, empezando por la habitación que antes había ocupado Otto.

—El cuarto no es grande — advirtió Zeithammer, como si el muchacho no conociera aquellas habitaciones.

Otto sentíase casi feliz al encontrarse nuevamente entre aquellas paredes que, si bien habían experimentado no pocas evidentes transformaciones materiales y cobijaban a unas personas a las que él no había visto, era la casa en la que pasó horas buenas o malas, pero en definitiva una larga etapa de su existencia de berlinés normal y no racionado.

—Para mí es un paraíso. Pero... los daños causados por el bombardeo, ¿los pagó el Estado? — inquirió Otto.

—¿El Estado? ¡a, pa, pa! No, no, amigo mío. Lo poco que se ha hecho lo ha pagado ya.

Otto se dió cuenta de que en aquel cuarto no quedaba nada, en absoluto, de lo que él había dejado al marcharse para el frente.

—¡Cielo santo! — exclamó —. ¿Dónde han ido a parar mis cosas? Aquí ya tenía un armario tirolés que era una verdadera preciosidad.

—Dese por satisfecho — intervino la señora Halle, con un mohín que ponía en evidencia su coquetería — con no haber tenido que presenciario. Todo se lo llevaron. Sólo quedan algunas cosillas sin importancia.

—Sí, sí, fué una verdadera rapiña — corroboró el señor Zeithammer.

—Era imposible oponerse a ellos. No había más que obedecer. Yo también me vi obligada a hacer reformas en mi cuarto. Mire.

Y abriendo una puerta mostró su cuarto ante los ojos atónitos del pobre Otto. Era una habitación bien pintada, con muebles sencillos, aunque de buen gusto, y una decoración francamente aceptable, un auténtico boudoir. La verdad no era para despreciarla. Parecía una habitación de las de antes de la guerra.

La señora Holle volvió a cerrarlo para seguir recorriendo, con Zeithammer y Otto, el resto de la casa y mostrar al muchacho la habitación que ellos le habían reservado en el caso de que volviera por allí. Tenía unas vistas hermosísimas. ¿Ventanas? No, nada de eso. Sólo tres paredes en pie. La cuarta había sido destruida por la aviación, de modo que desde la calle podían verse los pocos muebles — si a aquellos trastos podían llamarse muebles — que quedaron después de los bombardeos y de los rapiños.

Ante aquel espectáculo insospechado, Otto no sabía qué decir. ¿Quién podía figurarse? ¿No sería que soñaba? El hombre gordo, que estaba pendiente de los más leves gestos del muchacho, comprendió la viva emoción que éste experimentaba en aquellos momentos, y consideró oportuno y aun humano brindarle un poco de cañac.

—Tenga. Una copita de bienvenida—le ofreció Zeithammer con un amplio gesto de cordialidad.

Zeithammer, la señora Holle y Otto bebieron en silencio, mientras el muchacho iba evocando otros tiempos vividos en aquella misma habitación, otrora alegre y bien dispuesta.

Ocho años de historia, y ¡qué historia! Ocho años de lucha despiadada, sangrienta, impacable, feroz, que un principio que permitía todas las esperanzas a los alemanes combatientes, largos meses de incertidumbre angustiosa y otros tantos de espanto justificado.

En 1940, victorias alemanas; en 1941, evacuaciones; en 1942, tinieblas. Los ciudadanos no se atrevían a encender las luces, por miedo al jefe de bloque; en 1943, bombardeos, derrotas, temores. Entonces, los libros del racista Rosenberg disimulaban los del judío Tomás Mann en todas las bibliotecas berlinesas. Temor a la catástrofe y temor a los vecinos. Y temor a la movilización. ¡La movilización sobre todas las cosas!

Y el muchacho recordaba aún el miedo terrible que había experimentado cada vez que oía hablar de nuevas movilizaciones. ¡Ah, la movilización militar!

Esta palabra daba escalofríos al pobre Otto, quien procuraba calmarlos con un café tan espeso que podía cortarse y con sim-

patina. Luego se fumaba un puro de estraperlo y se comían lo que encontraba a mano. Unas migas de pan o unas sardinas anémicas que habían llegado a Berlín por su propio pie. Otto — como tantos Ottos — arruinaba su salud para conservar la vida. Su corazón latía cada vez más aceleradamente como si tuviera el presentimiento de que aquellas sardinas eran las últimas que comería en su habitación o en su vida.

En un instante, y mientras bebía con Zeithammer y la señora Halle, por la mente de Otto se iban sucediendo multitud de imágenes de aquellos tiempos tan amargos como los de 1948. Un día llamaron a los de su quinta. Y Otto recibió una convocatoria: «*Préséntese*». Vestióse como pudo y bajó corriendo las escaleras, para volver a subir las con la misma rapidez. Y volver a bajarlas. Y a subir las, y a bajarlas...

— ¡Eh! — le gritó un vecino — ¿Qué le ocurre a usted?

— Han llamado a mi quinta.

— Entonces no hace falta que corra usted tanto. Le aseguro que llegará a tiempo.

De todos modos corrió. Y pocos momentos después se hallaba ante el médico militar que había de examinarle.

— ¿Por qué está usted tan nervioso?

— ¿Nervioso yo? ¡Si estoy muy tranquilo!

Tranquilo... Estaba temblando como una hoja en día de viento. Tenía unas tic nerviosas que revelaban su intranquilidad, su miedo.

— ¿Este es su estado normal?

— Completamente. Si me viera usted cuando me excito, el corazón parece una ametralladora. Muchas veces hasta me desmayo.

Pero las explicaciones de Otto habían de resultar absolutamente estériles. El Tercer Reich necesitaba hombres, muchos hombres — fuertes o enfermizos, valientes o cobardes, altos o bajos — para defenderse contra los duros embates de un enemigo más potente que él en aquella triste época. No podían hacerse demasiadas excepciones, sino, por el contrario, poner toda la carne en el asador.

El médico militar, con su potente voz, exclamó, dirigiéndose a un sargento que iba tomando notas:

—¡Útil para todo servicio!

Útil. Y los frentes de batalla. Y ¡en pie!, ¡a tierra!, ¡en pie!, ¡a tierra!, ¡en pie!, ¡a tierra!... Cañones, aviones, ametralladoras, morteros, fusiles, muertos, heridos... La guerra.

La guerra, con su estruendo ensordecedor. Y ríos de sangre. Y prólogos y epílogos de tragedias humanas indecibles. Muertos, heridos, prisioneros. Cadáveres, mutilaciones y gentes abandonadas a su propia e ingrata suerte en los caminos, campos y carreteras de una Alemania desolada.

OTTO VUELVE A SU PATRIA

— Cuando le licenciaron, Otto intentó vivir en el sur de Alemania. Hemos dicho que lo intentó, porque de eso a conseguirlo hay un largo y espinoso trecho.

Para obtener el permiso tuvo que presentarse en una oficina pública, en la que un funcionario malhumorado y hosco le dijo rotundamente: «No». ¿No? ¿Por qué Otto no podía instalarse en el sur de Alemania? Sencillamente, porque...

— ¡He dicho que no! Puesto que es usted vecino de Berlín, no tiene más remedio que volver allí. ¿Quiere enseñarme su permiso de residencia?

— ¿Cómo quiere que se lo muestre, si es eso precisamente lo que vengo a pedirle?

— Yo sólo doy autorización de permanencia — aclaró el funcionario bávaro.

— Entonces — respiró Otto, feliz y seguro de que había dado en el clavo —, Entonces, tengo la bondad de darme una autorización de permanencia.

— Solamente pueda dársela si presenta usted su tarjeta de trabajo.

— ¿Y dónde pueden concederme la tarjeta de trabajo?

—Eso no es de mi incumbencia.

No era de su incumbencia, sino de la de otro funcionario situado en otro departamento. Hacia allí se fué Otto con una leve esperanza en el corazón.

—¿Tarjeta de trabajo, dice usted? —exclamó el segundo funcionario con quien Otto tuvo que habérselas aquella mañana —. Tiene que presentarme su autorización de permanencia.

—¿Autorización de permanencia? —inquirió Otto, a su vez.

—Sí, autorización de permanencia.

Pero ¡si el que daba esta clase de autorizaciones le exigía la previa presentación de la carta de trabajo!

Primero, autorización de permanencia; primero, carta de trabajo; permanencia, carta de trabajo... Hizo cuatro o cinco visitas a cada uno de los funcionarios bávaros. Siempre la misma cantilena.

Eso resultaba una segunda edición del famoso cuento del huevo y la gallina. ¿Quién daba vida a quién? ¿El huevo, o sea el permiso de trabajo o la gallina o sea la autorización de residencia?

—Me van a volver loco. Ya no puedo más —exclamó Otto, descorazonado —. Regreso a Berlín, regreso a mi Berlín.

Pero en la calle, mientras deambulaba con sus preocupaciones, tuvo la oportunidad de entablar conversación con una linda muchacha bávara.

Cuando Otto le hubo explicado sinceramente sus planes inmediatos, ella se estremeció.

—¿Cómo? ¿Dices que vuelves a Berlín? ¡No hagas esa locura!

—No tengo más remedio.

—¿Y qué vas a hacer en Berlín? Está de gente hasta los topes. Estoy segura de que ya no cabe nadie allí. No debes ir. Lo pasarás mejor aquí, en Baviera... conmigo.

—La gente exagera mucho... —insinuó el bueno de Otto.

—¿Qué se te ha perdido en Berlín?

—Muchas cosas.

—Pues te advierto que, en cuanto te descuides, te pondrán a trabajar como a un esclavo. Los aliados están por encima de todo.

No debes marcharte. Mi padre es nazi y te conseguirá la documentación necesaria. No sé por qué te empeñas en volver a Berlín. Según me han dicho, es un peligro salir de noche. Los atracadores te dejan a cuerpo limpio. ¡Ah, si yo te contase, Otto!

Aquella muchacha se complacía en presentar ante Otto Racionado-Normal, el más sombrío de los panoramas, pero él no se mostraba muy inclinado a aceptar la veracidad de cuanto ella le iba contando con tanta insistencia.

—¿Y tú crees en serio todo eso?

—¡Claro! Como que hay quien lo ha visto. Hasta en los cafés elegantes se ven personas con ropa interior.

—¡Qué estupidez! —exclamó Otto, indignado.

—No me abandones. Aquí no lo pasarás mal del todo. Además, no podrás cruzar la frontera.

—Para mí no hay fronteras.

—No te vayas.

A pesar de todo —de las advertencias y de... los ojos de la muchacha bávara— Otto se fué a Berlín.

Era cierto que la línea divisoria entre las dos zonas de ocupación —la de las tropas occidentales y la de las tropas soviéticas— estaba vigilada. Pero Otto tenía saluciones para todo. A pocos —poquísimos metros de la frontera— había un hoyo. Por allí se metió, para salir por otro hoyo que se hallaba en la zona rusa. El soldado que montaba la guardia allí no se dió cuenta. Naturalmente, por aquel lugar no había visto pasar a nadie.

Otto ya estaba en el otro lado. Pero, al salir de la gazapera sintió miedo. Le parecía que, de un momento a otro, iba a escuchar el temible grito de «¡Ahí va la liebre!» Pero no lo oyó.

Ya estaba en Berlín, en su queridísimo Berlín, allí donde unos días antes temía no poder regresar ya nunca. Y se sintió feliz como en sus buenos tiempos, anteriores a la movilización. Miró otra vez al centinela. Pero éste seguía dando los cien pasos, arriba y abajo, como un autómatas, sin sospechar que un muchacho berlinés había penetrado subrepticamente y ante sus propias narices en la zona prohibida. Y al ver que el soldado no daba señal alguna de haberle visto, respiró a fondo, tranquilo.

Una vida nueva empezaba para el muchacho. Y fué entonces cuando se dispuso a buscar la Plaza de la Salud, y cuando el primer transeúnte a quien interpelló le dió unas monedas, y cuando el segundo se lo quitó de encima, y cuando el misionero le dijo «No buscas tú solo, hijo mío. Busca la Humanidad entera», y cuando, al llegar a su casa, se encontró con la sorpresa — ingrata sorpresa — de verla ocupada por la coqueta señora Holte y el orondo señor Zeithammer.

Otto, el racionado-normal, emprendió una nueva vida entre sus tres paredes.

Desde allí veía a su Berlín, pero no ya a través de los amplios ventanales que tanto había recordado en las horas pasadas en el campo de batalla, sino del enorme boquete que una bomba había abierto en su casa.

Estaba cansada, muy cansada. Y tenía sueño. Habían sido muchas y demasiado fuertes las emociones experimentadas durante aquel día histórico para él. Y se tumbó pesadamente en la cama, dispuesto a descansar de tantas fatigas físicas y morales. Pero...

Qué mal principio. La gota no le dejaba dormir. Más que una gota, era un chorro, porque estaba echado exactamente debajo de una regadera.

A pesar de todo, durmió. Y soñó. Los sueños proceden, a veces, del estómago, y a estómago vacío, sueños dulces. Otto vio pasteles, apetitosos pasteles, verdaderas montañas de pasteles, en los que rezumaban la crema y la natilla.

Una muchacha rubia, fina, delicada y generosa le ofrecía, uno tras otro y no cesaba de sonreírle, comprensiva. Pero ni aún comiéndoselos todos, saciaba su apetito, verdaderamente voraz, un apetito como jamás en su vida había sentido y que sólo podía quedar satisfecho con golosinas servidas por una mujer de sueño. De sueño... Su visión no era, ciertamente, de otro género. De pronto... ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

Llamaron a la puerta. Amargo despertar. La crema y la natilla se desvanecieron y Otto se encontró de nuevo entre tres pare-

des y con un amplio ventanal que daba a la calle, abierto por las bombas aliadas.

Media dormido, pero con la visión de los pasteles disipada, Otto se dispuso a abrir. Era una mujer la que había llamado tan inoportunamente.

—¿Quiere usted cebollas?

—¿A cuánto el kilo? —inquirió Otto—. ¿Y cuánto es una sola cebolla?

Ante aquella pregunta, la mujer se indignó francamente, exclamando casi a gritos:

—¡Una cebolla! ¿Cree usted que me dedico a vender al por menor?

Otto Racionado-Normal se puso las manos en los bolsillos del pantalón, sacó los farros al exterior y exclamó con una sonrisa que denotaba a la legua su ingenuidad y al propio tiempo su descorazonamiento.:

—Es que... no tengo ni cinco.

—Naturalmente, estando en la cama, ¿cómo va a tenerlo? Si quiere dinero, tendrá que trabajar.

Otto ya lo sabía. Y dió un portazo, no sólo porque tenía mucho sueño y quería ver nuevamente montañas de pasteles, sino porque la vendedora de cebollas se marchó indignada.

Aquella le dejó frío, tan frío como su estufa. Su actividad se hallaba bajo cero, como la de todos los racionados-normales que llevaban una vida de avestruz, porque escondían la cabeza y se pasaban el invierno en la cama, aunque fuera una cama parecida a la de Otto.

Ya estaba levantado otra vez. Pero ¿qué hacer? ¿Lavarse, peinarse, vestirse y salir a la calle? ¡Vaya problema! La solución a su grave y apremiante situación financiera y alimenticia se vaticinaba muy difícil, dados los términos en que estaba planteada. ¿Me levanto? ¿Me acuesto nuevamente? se decía Otto para sus adentros.

Prefirió acostarse otra vez para seguir soñando pasteles. ¡Chist! ¡Silencio! Otto está durmiendo. No le despertemos. ¡Es tan feliz! Veamos, entre tanto, lo que hay en su habitación.

¡Qué gran diferencia entre aquel lugar desvencijado, con innúmeros e inverosímiles trastos por el suelo, y el cuarto que antes tenía Otto. Y sin embargo era el mismo escenario, aunque ni siquiera él lo reconociera, después de la transformación que experimentó por efecto de la metralla que cada día se le iba comiendo un trozo.

No cabe duda que aquel hombre tenía buen gusto. Su cuarto estaba decorado con objetos de valor, pero todo cuanto él había dejado se le quemó o le fue robado. No le quedaba más que lo peor: una granada de la primera guerra mundial, que había recibido un impacto de la segunda guerra mundial, y ya no podía utilizarse ni como corta-puros en la tercera guerra mundial... Unos libros, unos pocos libros... Ahora era Thomas Mann el que ocultaba a Rosenberg. «La Montaña Mágica», del escritor judío, había vencido al mito del siglo XX.

El sueño de Otto fue tan largo y tan profundo como la primera vez que se acostó, y no faltaron en él aquellos pasteles de crema y natilla que, por desgracia y por cruel ironía del destino, sólo habían existido en su calenturienta imaginación de berlinés hambriento.

Otto despertó, finalmente. Y se dispuso a salir para obtener su documentación, para conseguir trabajo, para rehacer su vida. Otra vez tendría que apoyar su pulgar en nuevos formularios. Antiguamente, las huellas digitales sólo se tomaban a los criminales, pero ya coducaron los privilegios y ahora todos tenemos derecho a esa práctica de que nos entinten el pulgar hasta desgastar la yema del dedo.

Saldría a la calle para proseguir su ruta por entre ruinas. Pero, para ello había que vestir decentemente, y a Otto no le quedaban más que el frac y un traje viejo. Naturalmente, se puso el traje viejo. Desinfectó el bersalino, su sombrero de los tiempos felices y... a la calle.

Cogió las cartillas — el documento más precioso de los tiempos actuales — y se fue directamente a la tienda, para recoger su ración de azúcar, elemento vital. La escasez de azúcar tuvo la

culpa en 1946, primer año de la postguerra, de que todo el mundo sufriera avitaminosis.

—¿Tampoco dan azúcar esta semana? —inquirió de la vendedora.

Ella llegó a estremecerse ante la ingenuidad que demostraba el extraño cliente, y no pudo evitar la exclamación:

—¿Azúcar? ¡Ni soñarlo!

Compró otras cosas. Pero, ¡qué memoria la suya! Se marchaba sin pagar su importe. Le llamó la vendedora y volvió sobre sus pasos. Pagó y salió nuevamente. ¡Ah, esa falta de memoria! Ahora se olvidaba de recoger su cartilla de racionamiento.

—Eh, ¡joven! ¡Las cartillas!

—¡Ah, sí, las cartillas! Gracias, señorita.

Tendría que hacerse un nudo, o varios nudos, en el pañuelo. Muchas berlineses lo hacían así para recordar las cosas que debían hacer, pero casi nadie recordaba qué es lo que pretendía recordar.

Salió a la calle, siempre con su característica e irónica sonrisa en los labios.

Por el camino — Otto se iba a su casa — encontró a un señor, un amigo.

—¡Hombre, Otto!

¿Quién sería aquel caballero tan sonriente? Otto no le recordaba, pero, a fuer de bien educado, habló como si tal cosa.

—¡Caramba! ¿Qué es de tu vida?

—Me va muy bien. Ya vez que no me has olvidado.

—¡Naturalmente!

Aquel hombre era por lo visto, y sobre todo por lo oído, extremadamente locuaz, pero no cesaba de contarle unas cosas que Otto ni siquiera podía sospechar.

—Hace un par de días me tropecé en la calle con Hugo... Recordarás quién es, ¿no? ¡Qué sinvergüenza el tal Huguito! Ni quiso darme la mano. Es un mal amigo. Hoy en día se ve cada cosa, que es un horror.

Tras una pausa el locuaz amigo se dispuso a despedirse:

—Bueno, Otto, adiós. Encantado de verte. Oye... una adver-

tencia: si quieres que te proporcione unos cuantos kilos de manzanas, vete por mi casa.

—Encantado, pero...

—Ni hablar de pagarlas, no, no; ya comprendo que en este momento estás mal de fondos. Es igual. ¿Trás a verma?

—¿A dónde quieres que vaya, si no sé tu dirección?

—Vivo en el mismo sitio. No han podido echarme, con que... adiós, y hasta la vista.

—Hasta la vista. ¡Adiós, manzanas! —murmuró Otto con un dejo de amargura.

¿Cómo iría a recogerlas si no recordaba la dirección de su amigo?

Verdaderamente, no tenía mucha suerte. Por una vez que encontraba a alguien en su Berlín que, con inesperada, aunque deseada generosidad, le ofrecía algo práctico, tenía que quedarse también con la miel pegada a los labios. ¡Manzanas! ¡Con lo que le gustaban a Otto las manzanas! Pero tuvo que desechar la posibilidad inmediata de saborearlas, como unas horas antes había tenido que renunciar a los pasteles que, en sueños, le ofrecía una muchacha simpática y hermosa.

Acostumbrado a la contrariedad, pero sin perder su serenidad habitual, Otto Racionado-Normal se encogió de hombros y continuó tranquilamente su camino.

PSICOANALISIS Y TRABAJO

Otto perdía la memoria por momentos. Y resolvió hacerse visitar por un psiquiatra, hombre eminente en esta difícil especialidad.

En la sala de espera había mucha gente escuálida, verdaderos espectros, interesados en saber cuál era el mal que les iba reduciendo poco a poco a la nada.

A la mayoría de ellos les hubiera resultado mucho más práctico hacerse visitar por un especialista del estómago, pues casi todos los males que les aquejaban no eran de origen mental o espiritual, sino provocados por la falta de vitaminas. No obstante, habían acudido al psiquiatra, tal vez porque alguien les dijo que sólo los médicos dedicados a tan importante rama de la ciencia, conocen los raíces de nuestras afecciones físicas, y son capaces de calmar o suprimir los dolores que aquéllas nos provocan. Otto tenía hambre; y el mejor remedio a su mal hubiera sido un tratamiento intenso continuo a base de bisteca con patatas, pan con mucha mantequilla, grandes vasos de leche pura de vaca... Pero Otto había preferido ver a un doctor de más altos vuelos que otro cualquiera limitado a recetarle unos medicamentos tan prosaicos

como los que se toman con cuchara y tenedor ante una mesa bien puesta.

—¿Que pase el siguiente! — exclamó el psiquiatra con aflautada voz, mientras se asomaba a la puerta.

Otto penetró en el gabinete del doctor. Y a guisa de presentación de sí mismo, se limitó a decirle:

—Soy un racionado-normal.

Este dato no resultaba suficiente para que el médico pudiera saber con quién se las había, y optó por preguntarle:

—¿Qué le pasa, joven?

—La cabeza. Hay que pensar en tantas cosas, doctor.

—Debo despojarse de todo.

¿De qué? ¿De las preocupaciones? Desgraciadamente, nadie puede despojarse de ellas. Y Otto decidió despojarse de las ropas que llevaba.

—Huh... huh... huh... huh... Amigo mío, señor... mi querido amigo... Huh, huh, huh...

Aquel hombre no sabía qué decir, o por lo menos daba esa impresión. Otto intentó ayudarlo a salir del paso.

—Racionado normal — insistió, como si no lo hubiese dicho ya dos veces.

—Eso es. Usted padece una enfermedad que conocemos con el nombre de... huh... huh... la... la... por el nombre de... Pues, ahora no recuerdo... De todos modos, advierto en usted los síntomas de... de...

¡Vaya! Ahora no acertaba a encontrar la palabra exacta. Otto, que se conocía a sí mismo mucho mejor de lo que, con su ciencia, pudiera conocerle el doctor, le ayudó cortésmente a salir del paso:

—Amnesia.

—Eeeeso es. Ayer reconocí a un caballero que sufría de lo mismo, un enfermo llamado, llamado..., pues tampoco recuerdo cómo se llamaba. Bueno, pero eso tiene poca importancia, para usted, desde luego. Para lo que usted sufre el mejor remedio que existe es... es... es... Bien, se lo daré por escrito.

Y el eminente psiquiatra se fué a la mesa, cogió un bloc de

notas y escribió algo. Luego entregó el papel a Otto, que no salía de su perplejidad.

En aquel papel, el doctor había escrito unas palabras muy raras, algo que probablemente ni siquiera él comprendía. Menos mal que el farmacéutico, hombre ducho en estas lides, podría sacarle del apuro. Así fué, aunque afortunadamente, Otto Racionado-Normal no tuvo necesidad de abonar nada, porque su caso no exigía la toma de ningún específico, sino una disciplina enérgica de su alterado sistema nervioso; una mejor concentración en sí mismo y quién sabe cuántas cosas más, pero todas de origen psicológico. Y eso cuesta poco dinero. Todo depende del propio esfuerzo. Otto se dispuso a realizarlo mañana, tarde y noche. Sí, sí. Se disciplinaria; procuraría autoconcentrarse como el médico—aquel gran médico—le había aconsejado; trataría de reaccionar de su grave indolencia y pertrecharse con una buena dosis de voluntad. Era preciso seguir al pie de la letra lo que aparecía escrito en el papelito que el psiquiatra le tendió y que Otto consideraba algo parecido a un poderoso talismán, que le abriera todas las puertas.

Pero la receta le dió muy poco resultado, porque lo que verdaderamente necesitaba era comer mucho. Y en su casa tenía poco que comer. Un átomo de mantequilla, varias migas; de vez en cuando una rebanada de pan.

Era preciso trabajar. Pero para hacerlo hay que comer. ¡Comer!... ¿Cómo saciar su apetito si tenía tanto? Su peso no aumentaba. Y no obstante, había que hacer algo, para que aumentara el peso, y eso requiere comer, y para comer hay que trabajar. Ya se lo había dicho la vendedora de cebollas, que fué aquella mañana a despertarle de sus dulces sueños. El hombre obliga.

Buscó trabajo. En las calles había unos cartelones con anuncios de ofertas y demandas. Por fin, Otto pudo encontrar algo en un gran taller.

Al terminar la guerra, las máquinas de aquel taller estaban paradas, hasta que comenzaron a llegar unos hombres con iniciales, y otros hombres con carbón, y volvieron a ponerlos en movimiento, como hicieron con los de otros tantos talleres alemanes.

Las imprentas fueron las primeras en funcionar. Había que

hacer propaganda, mucha propaganda, de algo, de lo que fuese, pero propaganda, pues sin ella no se va a ninguna parte.

También Otto — racionado normal — llegó a convertirse en trabajador, aunque fuese con un jornal diario de sesenta y cinco céntimos. Poca cosa, pero la cuestión era hacer algo de provecho; así se daba la sensación de progreso que, aunque eso no engorda a las gentes, por lo menos las llena de orgullo.

La Alemania de la postguerra se ponía nuevamente en marcha. Y era preciso demostrarlo al mundo. Por eso un reportero se fué al taller donde Otto trabajaba para hacer una información radiotónica. Instalaron un micrófono, y el periodista habló así al mundo entero con detonante y convincente voz:

—Atención, queridos radiayentes. Hemos instalado nuestros micrófonos en uno de los principales centros de trabajo con que contamos en Berlín. Las máquinas no paran, y los productores van y vienen continuamente, como una colmena. Se aproxima al micrófono el simpático capataz de los obreros. Vamos a hacerle algunas preguntas interesantes. Veamos, amigo, ¿qué producen en este lugar tan encantador?

Aquel hombre, ya maduro, con expresión escéptica y voz desfallecida, respondió ante el micrófono que el dinámico reportero te tendía, obsequioso e interesado.

—Aquí producimos letreros. La corriente es que debajo de los letreros no se vea nada, pero por lo menos queda siempre el letrero.

—¡Ah, ah, letreros de propaganda! — comentó el periodista.

—No, de propaganda no lo son propiamente.

—¿Desde cuándo funciona la imprenta?

—Hace año y medio. Al principio hacíamos cinco o seis letreros diariamente, pero poco a poco nuestra producción ha ido aumentando en gran escala.

En aquel momento acertó a pasar por allí nuestro amigo Otto. El reportero aprovechó la oportunidad que éste le brindaba.

—¡Oiga, oiga! Venga al micrófono, joven. ¿Qué misión tiene usted aquí?

—La de llevar los letreros de un lado a otro. Es un puesto de confianza.

—Ya lo puede asegurar —corroboró el capataz.

—Y diga, capataz ¿la demanda de esos letreros será cada día mayor, no?

—Ya lo puede asegurar. Ahora se venden diariamente entre siete y ocho mil.

—Fantástico, sorprendente, alentador. Pero, ¿puede decir a los radiayentes lo que pone en esos letreros?

—Sí. «Cerrado por falta de material».

Estaba escrito. El taller hubo que poner el mismo letrero que había hecho, con tanta profusión, para los demás talleres: «Cerrado por falta de material».

Pero por la vista la cosa se produjo con muchísima reserva, pues Otto lo ignoró hasta el último momento. Precisamente aquella mañana había decidido presentarse en el taller vestido con mayor elegancia, pues había cambiado su frac—confeccionado quince años antes—por un traje de calle. Era un traje nuevo, el primero que tenía después de la guerra. Bueno, nuevo precisamente, no, pero aun cuando el difunto que lo llevaba era mucho más grueso, no le caía del todo mal. Por lo menos se aguantaba en sus espaldas. Los compañeros de la imprenta se iban a quedar patitilesos. Pero... al llegar ante la puerta se encontró con el letrero.

«Cerrado por falta de material». Aquel mismo letrero que tantas veces había trasladado de una a otra parte del vasto almacén, se le aparecía en aquellos momentos con el mismo rigor de una implacable sentencia. Sin que nadie se lo dijera verbalmente, quedaba despedido. Así se evitaba el sonrojo. Pero no la pena, el desengaño y la inquietud.

Otto no se inmutó. Estaba ya acostumbrado a las malas noticias, por lo que aquella no consiguió desanimarle más de lo que ya estaba. Pero supo reaccionar a tiempo, recordando el consejo que, al llegar a Berlín, le diera el misionero y la advertencia que, dos días después, le soltó, airadamente, la vendedora de cebollas.

Volvió a recorrer las calles y a estacionarse ante las columnas

anunciadoras para leer, uno tras otro, los cartelitos en los que se ofrecía trabajo a las gentes. Por fin encontró algo de un cierto interés.

Se colocó en casa de un sastre, en calidad de sereno. Su misión consistía en estar despierto durante toda la noche, para evitar que penetraran ladrones en la tienda y se lo llevaran todo. Pero, Otto seguía muy fatigado, después de tantas emociones y tantas sobresaltos, y solía pasar las horas de guardia durmiendo tranquilamente y soñando pasteles y danzas orientales.

Una de aquellas noches quiso hacer un esfuerzo supremo. No, no se dormiría; cumpliría a rajatabla sus deberes como sereno. Y le llegó otra tentación. Ponerse uno de los trajes que lucían los maniqués de la tienda. «Pruébate ese traje—le decía una voz interior—perteneceas por unas horas al gran mundo». Otto obedeció mansamente, despojándose del traje que llevaba y trocándolo por uno de color oscuro que le sentaba muy bien. A las ocho de la mañana se lo quitaría, pero podría disfrutar por lo menos de una indumentaria que para él sólo constituía un sueño irrealizable en aquellos momentos.

«Otto, Otto—le gritó otra voz, más leal y amiga que la primera—no te duermas, no sueñes; recuerda que, a sueño dulce, amargo despertará».

Pero si había acatado el consejo de la primera vez, no supo o no pudo obedecer al segundo. Y se durmió con el traje nuevo puesto.

¡Qué desdicha! Dos hombres estaban al acecho, con la esperanza de que Otto se durmiera como tenía por costumbre. Y abrieron un boquete en la pared de la sastrería.

—El sereno ya está dormido.

Sigilosamente subieron por él, consiguiendo penetrar en la amplia sala de exposición y ventas de la sastrería, cuya vigilancia había sido confiada al bueno y dormilón de Otto.

—Por si acaso... —exclamó el otro, intentando golpearle en la cabeza.

—Déjale mientras no nos moleste.

—A la mejor se despierta. No te fies.

—Entonces le daremos con el anestésico que llevas en la mano.

Otto volvió a soñar los pasteles, rebosantes de crema y de natilla. Una linda muchacha rubia —un rubia dorado— iba aumentando el caudal de nata. El muchacho se sentía plenamente feliz.

—Ya está bien —decía en sueños, y con la sonrisa en los labios — Basta, basta. No siga...

Peró la muchacha iba echando más natilla en aquel pastel monumental.

—Ya está bien. Ya... no siga ya, no siga ya, ya no siga —decía Otto.

—No sigas tú gruñendo —exclamó nervioso uno de los ladrones, mientras iba despojando de sus ropas a los rígidos maniqués, pensando que era su compañera quien hablaba.

Peró si yo no he dicho nada.

—¡Ah, ya veo! ¡Es el sereno! Me está poniendo nervioso con su cantilena. ¿Lo llevamos todo?

—Sí, chico! ¡Y cómo pesa!

Y aquellos hombres, con los sacos repletos de trajes y gabones, se retiraron sigilosamente — tal como habían entrado — de la tienda.

Apenas hubieron marchado los ladrones, Otto se despertó. La visión del pastel se desvaneció, y el muchacho se encontró ante una realidad más amarga todavía de la que había comprobado el día que soñó cremas y natillas, en el lecho de su habitación de tres paredes.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Alto, alto! ¿Quién anda ahí?

Empezaba a clarear. El dueño del establecimiento, que vivía en el piso superior, oyó los gritos de Otto, y bajó corriendo, mientras se ponía apresuradamente la americana. Desenlace: Otto quedó despedido y despojado del magnífico traje negro que se había puesto para hacerse la ilusión de que vivía unas horas felices de su vida.

Otto volvió a su casa triste, descorazonado, con ganas de llorar. Una vez más, había fracasado en su nueva existencia de berlinés racionado.

Llamaron a la puerta.

—Señor Zeithammer — gritó Otto — Están llamando.

—¡Chisst! Ya sé quién es.

Lo sabía por experiencia. Aquel día del mes, y a aquella hora, solía llamar un personaje temible: el lector de contadores de gas y electricidad. Como la corriente estaba también racionada, al que gastaba más de lo estipulado, se le imponía una multa, por cuya razón, casi todos los berlineses hacían trampo en el contador.

Zeithammer no abrió. Se puso a andar a gatas, simulando, con el ruido de las manos, los pasos de un chiquillo, y con voz propia de uno de tres años, exclamó, acercándose a la puerta del piso:

—Mi papi no está ahora en casa.

Pero el lector de contadores no era tan tonto como Zeithammer había sin duda supuesto:

—Ya dile de mi parte a tu papi que valeré pasado mañana a la misma hora y que me molestará mucho no encontrarle. Adiós, señor Zeithammer.

Este quedó perplejo, pero reaccionó, pues era hombre ducho, en estas lides.

Y dirigiéndose a Otto, exclamó con expresión más optimista:

—Querido amigo Otto, este susto se pasa con una buena copa de cañac.

Bebieron, y Zeithammer se explicó para demostrar su ilustración en tan importante materia:

—Los berlineses deben esta bebida al caballero de la foto — dijo, fijando la mirada en la fotografía que tenía colocada en la pared de su habitación. Fue el navegante inglés, Sir Francis Drake, introductor también de la patata en Europa — La bebida no es muy fuerte, pero muchos no la aguantan, porque tampoco la son.

Pero Otto estaba preocupado con su suerte, y no pudo menos que lamentarse ante Zeithammer:

—¡Qué despertar más triste he tenido, Dios mío! Cuando me di cuenta, ya no había nada en la tienda. Todo había desaparecido: los trajes y los ladrones. Y cuando vino el jefe me mandó a

paseo. Señor Zeithammer; aunque yo no tengo la culpa me veo arruinado y sin ninguna perspectiva.

—¿De eso se lamenta? — replicó Zeithammer —. Mi caso es mucho más triste, querido amigo Otto. Sepa usted que mi conciencia está hecha polvo. Soy un estraperlista.

—Pero, señor Zeithammer — exclamó vivamente Otto, como para disculparle.

—Sí, señor, un estraperlista. Confieso ser un hombre despreciable. — Y al decir eso se dejó tumbar, desanimado, en un confortable sillón —. Pero... lo mismo da. Lo único que ahora importa es vencer a la época. ¿Comprende usted, Otto?

—Comprendo perfectamente.

—Mi fuerza pertenece al Estado — prosiguió el orondo estraperlista —. La fuerza existe; pero el Estado, no. Estamos todos locos. Pero ven, Otto. Seamos amigos. Tutéame. Me llamo Antonio. Llámame Antonio tú también, como la señora Holle.

—Pues yo no.

—Encantada, Tú, Otto, eres demasiado decente. Y esa es tu desgracia. Y la mía.

—¡Pero, Antonio, Antonio! — no cesaba de decir Otto, apesadumbrado al ver la tristeza en que Zeithammer volvía a sumirse.

—Sí, señor. Yo sufro; siento ganas de llorar cuando te veo en tan mala situación.

—No sabe cómo lo siento.

—Tú tienes hambre y, en cambio, yo como pollo todos los días. ¡Qué tormento tan grande!

—Sobre todo para mí — no pudo evitar decir el pobre muchacho.

—No, el tormento es mío, Otto.

—Pues yo no tengo la culpa — apuntó Otto, tímidamente.

—Claro que la tienes. Pudiendo ganar más de cien marcos por hora. ¿Por qué has de empeñarte en ganar sesenta y cinco céntimos al día?

—Yo no lo hago a propósito... — insinuó, a título de excusa.

—No puedes figurarte cómo padezco al ver tanta miseria.

—Vamos, vamos, Antonio, serénate, que no puedo ver como sufres tanto.

—No tienes idea; no puedes imaginarlo. Se me parte el corazón. Los honrados tenéis hambre, pero los sinvergüenzas como yo, sufrimos.

—¡Ah, qué dolor!

Y Otto se dejó caer, a su vez, descorazonado, en otro silló.



Se deslizó a través de un hoyo y así pudo llegar, sin ser visto, a la zona occidental.



Otto Racionado-Normal era el prototipo del berlinés.



Otto apenas se reconocía a sí mismo. Había cambiado por fuera y por dentro.



Deambulaba por las calles de Berlín en busca de trabajo.



Sus sueños aparecían poblados de muchachas rubias y de pasteles.



Aquel psiquiatra le diría sin dudar cuál era la causa de sus males.



Un día tropezó con un deshojinador y cayó de bruces. Menos mal que, al levantarse, halló una herradura.



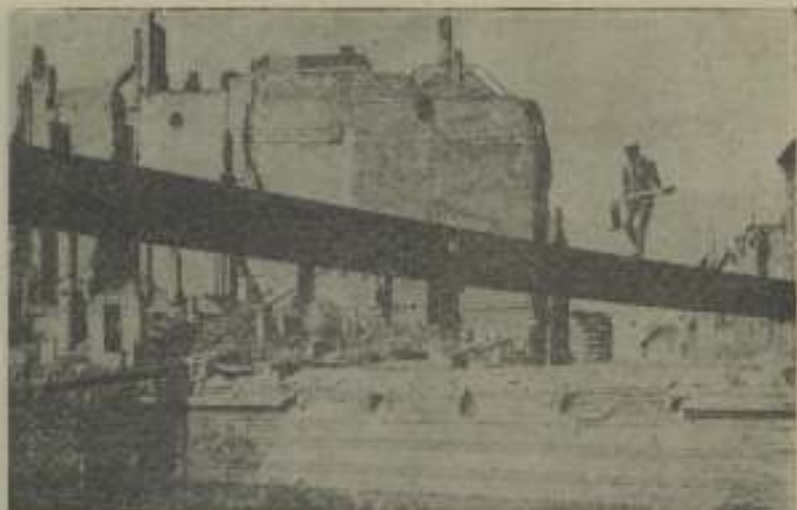
Los berlinenses se sentían atraídos por cualquier diversión y los cabarets estaban repletos.



En sueños o despierto,
Oto no veía más que ap-
petitosos pasteles.



—Sí, sí. Soy culpable.
Mientras yo como pollo,
tú te mueres de hambre.



Otto tuvo que hacer todos los oficios imaginables.



En aquel café donde Otto trabajaba, como camarero, actuaba una artista muy gentil.



Cada día se celebraban nuevas conferencias internacionales.



—¡De pie! ¡A tierra! ¡De pie! ¡A tierra!— regaña ordenando el cobrador del tranvía.



Otto Hacionado se sentía nuevamente feliz.



... y estampó un beso interminable en los labios de Eva Wandel.

—Estos señores que no sólo toleraron a los nazis, sino que incluso les proporcionaron abundantes medios de existencia ¿qué se proponen en su llamado paraíso? Hablan de libertad, pero no les interesa más que el dinero, el dólar.

Berlin — se afirma en 2048 por parte de los historiadores y comentaristas — estaba en 1948 dividido en cuatro sectores. En cada uno de ellos, había cuatro partidos, o cuatro opiniones por sector; se contaba con dieciséis opiniones surgidas. En todos los partidos había hombres que querían combatir la miseria de sus compatriotas con el mayor idealismo y unos automóviles mayores aún.

UN CAMARERO DE POSTIN

En las dos zonas de ocupación — la occidental y la soviética — solían, y suelen, celebrarse muchos mítines y conferencias para convencer a los indiferentes, afirmar las convicciones de los partidarios y acentuar las diferencias entre los procedimientos empleados por unos y otros ocupantes.

Vedamos un mitin de la zona soviética. Un hombre de trazos enérgicos y de clara y potente voz, afirma ante un auditorio de gentes escuálidas:

—Estos caballeros que no sólo toleraron a los nazis, sino que incluso les proporcionaron abundantes medios de existencia ¿qué se proponen en su llamado paraíso? Hablan de libertad, pero no les interesa más que el dinero, el dólar.

Berlin — se afirma en 2048 por parte de los historiadores y comentaristas — estaba en 1948 dividido en cuatro sectores. En cada uno de ellos, había cuatro partidos, o cuatro opiniones por sector; se contaba con dieciséis opiniones surgidas. En todos los partidos había hombres que querían combatir la miseria de sus compatriotas con el mayor idealismo y unos automóviles mayores aún.

—Echemos una mirada a la zona occidental — seguía diciendo el fogoso orador de la zona soviética —. Esos señores que se dan tanta importancia, ¿qué son en realidad? Simples marionetas en manos de los dirigentes del monopolio capitalista.

—Claro — comentó en voz alta, Otto, que se hallaba entre los numerosas auditores.

Cuando el orador terminó todos se pusieron a aplaudir. Y luego salieron.

—¿Qué impresión le ha producido? — preguntó a Otto un jardinero que, rodeado de plantas, se hallaba en la puerta del local donde el mitin se había celebrado.

—¡Ah, fué un discurso estupendo!

—Usted se refiere a Don Vacío. Habla bastante bien, desde luego. Pero ya le preguntaba por mi hijo. Lleva cuarenta años en el oficio. Cuando era niño vió las últimas conmemoraciones de Sedon. En la República democrática de 1918 estuvo con Gustavo Stressemann; en casa del comunista Liebknecht; en la Casa del Pueblo y en la Cancillería del Reich. Ahora adorna las salas para esta gente. Pero, a pesar de eso, no se le ha subido a la cabeza, ni se considera un personaje. Buena... no quiero consarle más. Mañana no debe usted perderse la sesión de la Sala del Cuento. Hablará don Cebolla, otro pelmazo. Este es del otro bando.

Otto fué a la Sala del Cuento, para oír a Don Cebolla, el cual, con voz potente y con ánimo de convencer, exclamaba, dirigiéndose también a una multitud escuálida:

—Estos señores que se dan tanta importancia, ¿qué son en realidad? Simples marionetas en manos de los dirigentes del sistema totalitario.

El doctor Cebolla había dicho exactamente lo mismo que el doctor Vacío, con una sola diferencia: en vez de «sistema capitalista» dijo «sistema totalitario».

Cuando hubo terminado el brillante párrafo, Otto — asistente, como hemos dicho, al acto — repitió la palabra pronunciada al oír al orador soviético:

—Claro.

Salió, al terminarse el mitin. Y otra vez conversó con Emilio,

el jardinero, padre del proveedor de plantas para los octos de las dos zonas berlinesas.

—¿Qué le ha parecido? Ayer hablaron aquéllos y hoy han hablado éstos. ¿Puede decir cuál de los dos cree usted el mejor?

—No sé... Lo malo es eso. Ignoro cuál de los dos tiene menos razón.

—Eso se lo diré yo en seguida. Esos buscan batallas, y las batallas siempre son malas. Aquí me tiene usted a mí, que poseo mis laureles sin haber luchado nunca.

Emilio era, sin duda, el único que tenía razón.

Se había quedado sin el empleo de cartelista publicitario. Y luego, por un exceso de sueño — o de fatiga física, lógicamente atribuible a la avitaminosis aguda que sufría — sin el de vigilante de la sastrería. Era preciso encontrar algo con que atender a sus apremiantes necesidades. Pero eso resultaba un tanto difícil en una ciudad como Berlín, en la que pululaban tantos Ottos en las mismas condiciones que nuestro flaco y simpático amigo. Y se dispuso a salir nuevamente a la conquista del pan cotidiano.

Desde que Otto, racionado normal, tuvo uso de razón no había visto nada más que luchas, luchas y luchas. Y ahora para cambiar: luchas, luchas y luchas. Y ante la novedad, se descubrió.

La lucha de Otto era menos espectacular que aquellas otras, pero más dramática tal vez: la lucha por la existencia.

Deambulando por las calles dió ante un anuncio providencial: «Se necesita un camarero». ¿Por qué no? Pero... ¿y el frac? Lo cambió por un traje que no le sentaba bien, pero que por lo menos le cubría. Todo era cuestión de suerte, ¡Ah, la suerte!... Cruzó por la calle con un deshollinador. Y distraído en su contemplación, tropezó. La fortuna quiso que tropezara con una herradura. ¡Una herradura! Otto se sintió feliz, y sonrió. El deshollinador, también. «Ha tenido usted suerte, joven — le dijo. Ha encontrado una herradura». «Sí, mucha suerte». Y se alejó sonriendo, poniéndose la herradura en el bolsillo del pantalón. Pero... ¡rac! El pantalón se rompió. ¡Qué suerte! A pesar de todo, se dirigió a casa de un ropavejero.

—Sí, claro — dijo éste —. Puede usted recuperar el frac, pero habrá de ser con ligerísimo aumento. Sólo un cien por cien.

—¿Por qué razón? — protestó Otto —. Supongo que habrá usted ganado algo alquilándolo.

—Suposición muy acertada, desde luego. Ha trabajado todos los días y en diferentes circunstancias. El mes pasado estuvo en la Ópera Cómica, y en el Congreso Filatélico. Mañana tiene que ir a una boda. Cuando termine la fiesta podrá llevárselo.

—¿Sobre qué hora?

—A las diez de la noche. No crea que en aquella hora el navío lo necesite.

Otto había de resolver en el mismo instante el dilema que le presentaba al ropavejero: o pagar el cien por cien de lo que había obtenido antes con el ya famoso frac o... quedarse con éste. Ante la duda prefirió resignarse al pago de la fuerte comisión, pues aquella pieza le era necesaria para trabajar de camarero.

Sonrieron los dos. Y a las diez y minutos de la noche, Otto, muy ufano, salía de la tienda, con el frac debajo del brazo.

Muchacho inteligente, tardó muy poco tiempo en convertirse en un camarero ejemplar de un elegante salón, en el que actuaba una vampíresa muy sugestiva.

A pesar de su poca práctica en el oficio — nunca lo había ejercido — se superó a sí mismo, sorteando, bandeja en mano, todos los obstáculos que se ofrecían a su paso. Entretanto, la vampíresa iba cantando, pero casi nadie le hacía caso, pues cada uno estaba enfrascado en discusiones de mayor importancia para sí.

La clase de conversaciones que unos y otros — hombres y mujeres — sostenían era fiel y triste reflejo de la situación moral y económica de los berlineses de 1948, caracterizada por la obsesión — y por la necesidad — del mercado negro. He aquí lo que Otto oía, aun sin querer, mientras iba por entre las mesas repletas con la bandeja en la mano.

—No puedo acostumbrarme a ir al mercado y volver a casa, sin haber podido comprar nada — decía una señora a otra.

—Ni un sólo marco más — afirmaba enérgicamente un comerciante estraperlista a otro de su especie.

—Primero buscaremos un piso barato — decía un muchacho a una muchacha.

—¿Dónde dices que hay arroz? — decía otra señora.

«Brings us some drinks, please», exclamaba un americano dirigiéndose a Otto, convertido en estupendo camarero. «One Martini. And bring me very dry», le decía otro, ante lo cual, Otto, respondía con la sonrisa en los labios: «Okay.» «Une bouteille de Bourgogne, s'il vous plaît». Este era, desde luego, un francés. Otto, amable con todos, respondía a este con otra sonrisa: «Oui, oui. Naturellement, Monsieur». «Mais bien chambré», aclaraba el galo. «C'est entendu, Monsieur». «Pincer! Adja kerem a fekete atlapot. Maga isme engem», exclamaba un húngaro. Y ahora era un sajón quien, dirigiéndose a Otto, decía: «Hallo Obvar». En resumen: Berlín una ciudad internacional. Bon soir. How do you do. Dóswedanje. Se hablaba de toda, menos alemán. Un ejemplo: una representación de «Madame Butterfly». Teatro alemán, en el sector ruso; ópera italiana, cuya protagonista, que es americana, tiene amores con una china que es japonesa.

—El colmo, el colmo; sí señor; el colmo, el colmo; sí señor; el colmo, sí señor; el colmo, sí; el colmo, sí señor — decía un hombre que estaba en el teatro y que soltaba a cada paso, hallárase donde se hallase, esta insoportable y continua cantilena.

Pero dejemos el elegante salón donde Otto servía como camarero, para trasladarnos a su casa, compartida por la señora Holle y el señor Zeilthammer. Recordarán los lectores que, al presentarles dicha casa, nos referimos a la estupenda habitación que la señora Holle se había reservado para ella. Pues bien: ahora diremos que aquella habitación estaba destinada a oficinas, oficinas muy singulares: Agencia de matrimonios. Gracias a la señora Holle muchos solteros — ellos y ellas — habrían podido encontrar su pareja ideal.

—Veamos, señorita, ¿coba usted de decidirse por alguno? —

inquiría la señora Holle, mostrando un sin fin de fotografías a una salterona.

—Sí, éste es el que yo sueño — se decidió por último.

—Este es el número 2376. ¡Algo ideal! Debo confesarle, señorita, que tiene usted muy buen gusto. Ha elegido usted bien. Varias clientas han intentado pescarle, pero sin éxito. Espero que tenga más suerte y que esta vez caiga en sus redes el tórtola.

La muchacha iba a marcharse, satisfecha de su adquisición, pero la señora Holle, sin dejar su sonrisa, la atajó amablemente:

—Son quince marcos de comisión.

¡Caramba! ¡Nada menos que quince marcos! ¡Una fortuna! Pero... quién sabe si aquella cantidad que ahora le parecía tan sumamente crecida, le iba a abrir de par en par las puertas de la anhelada felicidad. Mas, también era posible que le franquearan las del desencanto. La aspirante al matrimonio fácil trató de regatear y, sin ocultar la ingrata sorpresa que le había producido el saber que el hallazgo de un futuro esposo le iba a costar quince magníficos marcos, exclamó:

—¿Sólo por las señas?

—Claro que sí. ¿Cree usted que yo pueda darle la licencia matrimonial?

La señora Hollen tenía mucha razón. Por quince marcos no se puede conseguir todo, es decir, novio y licencia de matrimonio. La muchacha sacó resignado el dinero de su bolsillo, pagó y salió, muy satisfecha del despacho con la fotografía de su futuro esposo entre las manos.

Luego fué un muchacho joven, imberbe casi, que sentía ansias matrimoniales, tal vez porque había llegado la primavera.

—¿Dispone usted de alguna foto para ponerla en el archivo de aspirantes al matrimonio — le preguntó la señora Holle.

—No, señora. Ninguna.

—Entonces, tenga la amabilidad de pasar seguidamente a nuestro departamento fotográfico.

El muchacho fué retratado de frente y de perfil, como los cri-

minales en los departamentos policiales. La última invención berlinese era el archivo ilustrado AJH, en las oficinas de la señora Holle, los aspirantes al matrimonio podían encontrar medias naranjas, o medias limones, para todos los gustos, hasta para aquellos que merecen palos. Urgenda, la desconocida; el bello Narciso; y una posa de la bella durmiente del bosque.

—¡Un momento, señorita! o ¡Por favor, no se mueva, caballero!

La fotografía está hecha. Gracias, caballero o señorita.

Pero en cuestiones de matrimonio la gente no tiene prisa, incluso aquella que acude a las agencias para casarse. Y hay quien pasa horas y horas examinando fotografías para elegir, de entre ellas, a la que reproduzca la mujer o al hombre de sus sueños. Y la señora Holle, mujer de mucha paciencia — como corresponde a la propietaria de una agencia matrimonial — a veces la perdía.

—Usted perdóne, caballero — tuvo que decir a un señor quincuagenario que no acababa de decidirse —. Es la hora de cerrar, y le suplico que se dé prisa. ¿Cuál es su elegida?

—Creo que esta es la mía — afirmó, por fin, exhibiendo una de las fotografías desparramadas en la mesa de la señora Holle.

¿Aquella? ¡Vaya! Entre tantas fotografías había escogido precisamente una en la que no había nada que hacer.

—La siento mucho, pero está ya comprometida.

—Entonces me quedará con esa otra que tampoco parece mal.

—¿Esta? ¡Ajá! Está libre de todo compromiso, así que mañana mismo le proporcionaré los datos.

Menos mal que el cliente quedaría satisfecho y bien servido. Pero surgía otro conflicto.

—¿Mañana? Yo no puedo venir aquí todos los días.

—Pues haremos con usted una excepción. Deprisa, deprisa; es tarde y tenemos que cerrar.

Y la señora Holle le cerró la puerta. ¡Buff! Soltó un suspiro de alivio. Ya se habían marchado todos.

Entretanto sucedía algo grave en su casa. Acababan de llegar

unos agentes de policía, que se llevaban al señor Zeithammer. Otto presenciaba la escena, con la angustia reflejada en el semblante. Pero el estraperlista le tranquilizó:

—Hasta la vista, Otto. No te asustes. No es para tanto. Yo probaré mi inocencia ante el Tribunal. Hay que doblegarse, muchacho. Esta vez se trata de una equivocación. Si viene alguna carta para mí, haz el favor de enviármela a mi nuevo domicilio, la cárcel, donde tienes tu casa.

—Gracias.

SEIS MUJERES PARA CADA HOMBRE

Los dos agentes se llevaron a Zeithammer, quien saludó a su amigo con una simpática sonrisa, no exenta de una cierta nostalgia.

Otto quedó paralizado en el pasillo de la casa, pero luego reaccionó y se fué a la habitación ocupada por la señora Holle.

—¿Quién es? Ah, ya comprendo. Es Otto.

En efecto, era Otto. Entró en la habitación, con su aire habitual de timidez y vacilación.

—¡Si es nuestro simpático amigo! ¡Cuánto honor!

Pero el muchacho no estaba para galanterías ni para bromas. La emoción que sentía por lo que acababa de presenciar en el pasillo, se reflejaba visiblemente en su rostro pálido y demacrado. Sin preámbulos, se dispuso a poner al corriente a la señora Holle de cuanto había acontecido ante sus ojos, en la propia casa.

—Ocurre algo espantoso, señora Holle. Acabo de ver a Antonio Zeithammer, esposado, entre dos policías.

Pero la señora Holle no se inmutó lo más mínima. Estaba ya acostumbrada a tales trances. Y la sonrisa que se dibujó en sus labios al ver entrar a Otto, no se dispó por ella.

—¡Que le vamos a hacer! Alguna vez tenía que suceder! Lo que no sé es si lo habrán detenido por el estraperlo de los siete vagones de carbón o por la historia de los gemelos. De todos modos, tiene para algunos días. Esta vez irá, sin duda, a un penal.

Otto no acertaba a comprender. Parecía estar más preocupado que la señora Holle, la cual no cesaba de sonreír y de coquetear.

—No se preocupe, Otto, y sentémonos un ratito. Ya comprendo, a través de su inquietud, que usted no preveía este final. Pero es usted muy inocente. Yo, en cambio, prefiero ganarme la vida honradamente con mi bien organizada agencia de matrimonios. ¿No tendrá usted, por agradable casualidad, la noche libre?

Otto no supo que contestar. No estaba habituado a este género de preguntas femeninas.

—¿Por qué no salimos un rato? — insistió la señora Holle —. En Berlín no resulta difícil divertirse. Yo conozco un buen sitio.

—¿Sí?

—¡Pues, claro! ¿Todavía no ha salido con ninguna muchacha?

—¿Yo? Pero, ¿no está viendo que soy la radiografía de una cigala?

—No lo diga. Le sobrarán a usted conquistas. No olvide que en Berlín hay seis mujeres por cada hombre. Además, supongo que será usted un hombre de gran temperamento...

—Sí — replicó Otto, un tanto asustado — pero quiero reservarlo para el ajedrez.

La cita quedó en el aire, pues Otto era un muchacho excesivamente tímido para dar el sí a una proposición como la que aquella seductora mujer le hacía. Y sin expresar su conformidad, pero tampoco su negativa rotunda, consideró mucho más prudente retirarse con una cortés reverencia y reservar la contestación para cuando se hallara más repuesto de la doble emoción experimentada ante la detención de su amigo Zeithammer y las palabras que acababa de oír de la esposa o amiga de éste. Pero...

Desde aquel instante, la frase pronunciada por la señora Holle — «seis mujeres por cada hombre» — constituyó una verdadera obsesión para el bueno de Otto. En todas partes veía mujeres.

Entró en su habitación. Encima de una destartada mesita había una figura de mármol blanco: una mujer desnuda. «Seis mujeres por cada hombre», «Seis mujeres por cada hombre». Se lo había dicho una mujer de carne y hueso. Y ahora se hallaba ante la reproducción, en mármol, de otra mujer. Dió la vuelta a la estatuita. Pero no resolvía su problema. Seguía estando allí, de espaldas. Puso en marcha su aparato de radio. ¡Caramba! Una voz femenina, delicadamente femenina, que, por más señas, y para fastidiarlo, decía: «Ahora escucharán ustedes melodías del corazón. Es nuestra hora de los enamorados». Otto decidió salir un poco a tomar el aire, para alejar un poco del pensamiento la visión de tantas mujeres y tanto amor. Y se fué al parque. No había nadie. Tranquilidad absoluta. Menos mal. Pero... Por entre unos parterres, oyó otra voz de mujer:

—¡Oh, Henry! ¿Juras que me querrás del mismo modo cuando estemos en Nueva York?

—No, in Chicago —respondió una voz masculina.

—Ya estoy aprendiendo inglés para cuando vayamos a Chicago. I am cold... I am hot... I am sorry... I hat is my meat. Claro que, al principio, me voy a encontrar desplazada, pero...

—We handle two thousand steers a day. That's something nobody's ever seen in Europa.

—Menos mal que habla inglés —pensó Otto, ya que así se evitaba oír nuevas palabras de amor.

Lo malo es que la muchacha era alemana, y él la entendía perfectamente:

—¿Y si luego te enamoras de una mujer americana, ¿qué hago yo sola, en Chicago? ¿Me prometes ser siempre fiel y cariñoso?

La cosa se iba poniendo peor para Otto, ya que no para los enamorados, pues el pobre muchacho oyó el chasquido de un beso. Y luego un suspiro. Y una frase, pronunciada por ella:

—Cuando me besas pierdo el sentido.

Otto se apartó de aquel lugar. Sólo le faltaba eso, después de la frase de la señora Holle; de la figurita de mármol; de la emi-

sión radiofónica... Estaba un poco fatigado. Y se durmió. Tampoco los sueños le ayudaron mucho, pues se le apareció un verdadero enjambre de bellas muchachas. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Seis mujeres para cada hombre; seis mujeres para cada hombre; seis, seis, seis... Un ritornello que le oprimaba en sueños y en la realidad de cada momento.

Las seis mujeres de su sueño se le iban acercando, disputándosele. Una le cogía un brazo; otra del otro. Imposible librarse de ellas, de las seis que, sin duda, le correspondían como elemento masculino berlinés. Otto trataba de esquivarlas, de desaparecer, de esfumarse como por arte de magia. Pero no podía. Las seis le tenían sujeto, y se veía sin fuerzas para apartar tantos brazos desnudos. Cuando casi lo intentaba, se abrieron dos grandes puertas blancas y apareció un hombre alto, esbelto, arrogante, vestido de claros colores, y cogiendo a Otto por la cintura se lo llevó, seguido de las seis mujeres. Estaba perdido.

Afortunadamente, todo había sido un sueño, un sueño agradable, sin duda, pero pero es mucho menos que el de los pasteles que rezumaban crema y natilla.

Despertó y decidió coger el tranvía para regresar a su desventajada habitación. Por extraño azar, había un asiento desocupado y se sentó. Ante él, se hallaba un señor que leía el periódico. Este tuvo, desde entonces, otro lector. Otto, entretenido en examinar los titulares. Pero el caballero se levantó para apearse, y Otto, falto de distracción, se durmió.

Fue un sueño leve y breve. A los pocos instantes volvió a la realidad. Pero ¡cuál había de ser su sorpresa al encontrarse frente a frente con una lindísima muchacha rubia! Era la misma que, en sueños, le había servido los pasteles de crema y natilla; la misma que se hallaba en medio de las seis mujeres que, también en sueños, se lo disputaban. La miró fijamente. La muchacha se ruborizó y bajó los ojos, con tímida expresión, sin que, por ello, Otto dejara de observarla, como absorto ante tanta belleza.

La muchacha se apeó. Y Otto, tras una breve vacilación, se dispuso a hacer lo mismo. Pero trupeó con varios pies, se retrasó

y el coche se puso nuevamente en marcha, cuando aquella linda rubia se encontraba ya en la acera de la calle.

Con gesto enérgico, poco habitual en él, Otto hizo sonar la campanilla para que el vehículo parara otra vez. Pero ¿qué hubo hecho! Allí estaba, de pie, el cobrador, un hombre de rasgos duros que le increpó con potente voz:

—¿Cómo se ha atrevido usted a hacer sonar la campanilla?

—Perdóneme pero es que... yo quería...

—Solamente el cobrador tiene derecho a hacerlo.

—Es que yo quería... —balbuceó el pobre Otto, sin hallar la explicación que estaba buscando.

Entretanto, la lindísima muchacha — verdadera responsable del nuevo lío en que se había metido sin querer el pobre Otto — avanzaba con paso ligero por la acera de enfrente, seguida por la mirada del muchacho, súbitamente enamorado de ella.

—Bueno, escúcheme. Es que yo...

Todas las alegaciones de Otto iban resultando inútiles, y aún contraproducentes, ante aquel hombre que quería imponer a rajatabla su autoridad en el vehículo.

—Nada, nada. Usted es de los que piensa que en Alemania hace cada uno lo que le apetece. ¿Qué se ha creído? Se equivoca usted completamente. Aquí mando yo y nada más. Bueno... también manda un poco el conductor.

El tranvía seguía parado mientras se desarrollaba la discusión o, por lo menos, la bronca del cobrador al pobre Otto.

—Pero ¿por qué estamos parados? —gritó un pasajero.

—¿Qué pregunta más imbecil! —replicó otro.

—¡Hay que ver lo que está pasando en Berlín!

—Pasa lo que pasa porque se ha perdido el respeto debido a la autoridad.

—¿Y usted qué sabe?

—¿Y a usted qué le importa lo que yo sé?

—¿Más que yo? ¡Habrás visto!... Oiga, joven...

Y se inició otra discusión entre los dos. Entre tanto, el cobrador seguía increpando a Otto.

—Se arrepentirá de lo que ha hecho. Por su osadía voy a darle una buena lección. ¿Sabe lo que ha hecho? Pues entorpecer y alarmar a los viajeros. ¡A tierra! ¡En pie! ¡A tierra! ¡En pie!

Y Otto tuvo que hacer los mismos movimientos como cuando estuvo en el frente de batalla, allá por el año 1943. En la terrible y angustiosa vida berlinesa de 1948, era frecuente encontrarse con individuos como este sargento de infantería o de tanques — vaya usted a saber — disfrazado de cobrador.

EN EL BAILE DE MASCARAS

Allá por el año 1947, y aunque parezca mentira, también había bailes de máscaras que se celebraban en los refugios abandonados de Berlín.

Hacia uno de ellos se fueron una noche la señora Halle y nuestro entrañable amigo Otto. El salón estaba completamente lleno. Entre un ambiente enrarecido por el humo y el olor a alcohol, se oían sonoras carcajadas y risas y gritos de mujer. ¡Cómo se divertían! Júbilo, alegría, carcajadas y alimentos sanos, iba gritando el portero.

A duras penas la señora Halle y su acompañante—raramente disfrazados los dos—iban avanzando por entre la multitud que bailaba a los acordes de una música de jazz. Pero para ellos dos la fiesta empezó muy mal. Un hombre viejo, disfrazado también, que reconoció a la señora Halle, se le acercó para decirle:

—Oiga señora, resulta que su agencia de matrimonios es una verdadera estafa. La dama que usted me recomendó como esposa es de muy dudosa condición.

—Lo siento caballero, y usted perdone, pero yo no puedo responder de eso. Al fin y al cabo usted fué quien la eligió.

—Allí la tiene. Mírela. Es la tercera vez que baila con un

desconocido. ¡Y pensar que yo tuve que pagarle a usted quince marcos de comisión!

—Entonces, pídale que se los devuelva ella.

—Esta no es manera de tratar a un gran fabricante de licores.

¡Un fabricante y nada menos que de licores! Era preciso aprovechar la situación. Y la señora Hollen, que era una mujer muy lista, lo hizo con su diplomacia habitual.

—Querido amigo — dijo al vejete — hay que procurar que ella tenga celos viéndole bailar con otra. Ahora va usted a bailar conmigo — Y, dirigiéndose a Otto, se excusó —: Otto, vuelva en seguida. Sea usted formalito.

Otto se encogió de hombros. ¿Qué importaba otra desilusión? ¿Y había sido la misma señora Hollen la que le dijo que «había seis mujeres para cada berlinés»? Pues a él no le tocaba ninguna, ya que la que llevaba un día — o mejor dicho, que le llevaba un día — a un baile de máscaras, se ponía a bailar con otra.

Se fué al bar y pidió una taza de café malta y unos pasteles.

—Tiene usted que ir personalmente al mostrador a buscar los dulces — le advirtió el camarero.

Y allí se dirigió el amigo Otto, dispuesto a divertirse comiéndose los pasteles, que llenaban sus sueños de racionado normal con el estómago semi o totalmente vacío, según las circunstancias.

—La siento, señor, pero no queda ningún pastel — le dijo la camarera.

Otra desilusión a sumar a las que había recibido en aquellos últimos años. Pero ¡no! En absoluto. ¡Sí era una gran sorpresa! La muchacha encargada de vender los pasteles era la misma del tranvía, y, por consiguiente, la de sus sueños. Sí, sí, no había ninguna duda. Rubia, con la misma sonrisa, los mismos ojos, la misma expresión tan dulce que Otto soñaba. Seis mujeres para cada hombre. Con una le bastaba. Y era aquella, precisamente aquella: la del tranvía, la que encarnaba el ángel de su amable sueño.

—Los pasteles se han terminado, señor, y, por lo tanto, me voy. Pero... he separado para mí algunos, muy buenos. Tendré mucho gusto en darle uno, porque me da pena que se quede usted sin probarlos.

—¡Qué buena es usted!

—Dentro de cinco minutos saldré por la puerta de atrás. Espéreme allí mismo y le daré un pastel. No se lo doy aquí por si me viera mi compañero. ¿Está usted solo?

—Sí — afirmó Otto, sin acordarse siquiera de su acompañante, la señora Hollen.

Cuando ya se iba a marchar para encontrarse con la muchacha de los dulces, la señora Hollen le vió, y, separándose de los brazos del fabricante de licores, gritó, por entre la multitud:

—¡Otto, Otto! ¡Cucuf! ¡Otito! ¡Otito!

Pero Otto, oyéndola, no la oyó, no sólo porque no quería, sino porque tenía concentrado el pensamiento en aquella linda muchacha rubia. Y salió del baile para respirar el aire fresco. Su corazón latía como el de un colegial que va a presentarse ante el tribunal examinador.

La muchacha salió por la puerta del servicio. Allí estaba Otto, de pie firme. Estaba tan emocionado como el día en que tuvo que pasar revista militar, ante aquel médico que le declaró útil total.

Pasearon los dos, primeramente en silencio, luego cambiándose unas frases breves, llenas de emoción.

Una voz interior le decía: «Serénate, Otto. Esta no es una película de amor. No necesitamos un final dichoso. Además, no presumas: tú no eres el protagonista. Vete a casa, a dormir. Otto, ¿no me oyes?»

¿Cómo lo iba a oír Otto si estaba ensimismado en la contemplación del dulce rostro de aquella bella muchachita rubia?

Llegaron ante la casa donde ella vivía.

—Ahora puede usted marcharse — le dijo, dulcemente.

—¿Cómo se llama usted, señorita? Necesito saberlo.

—Lo sé. Está escrito dentro del paquete. Adiós, buenas noches.

—Adiós.

Pero Otto no pudo contener los impulsos de su corazón. Y, estrechando entre sus brazos a la muchacha, depositó un largo beso en sus labios rojos. Apoyada ella a la pared situada junto a la misma puerta de entrada, hizo sonar, sin querer, el timbre durante el rato que duró el beso.

Un hombre abrió, poco después.

—¿Pero no comprende, señorita, que el timbre va a despertar a todos los vecinos?

Ni ella ni Otto acertaron a comprender el significado de las palabras del portero.

—¡Ah, es usted, señorita Eva!— dijo éste, reconociéndola.

—Le ruego que me perdone, señor Schlawinsky, pero es que me dejó la llave.

Entre tanto, Otto, que con evidente impaciencia había desenvuelto el paquete para sacar el papelito en el que estaba inscrito el nombre de la muchacha, la contempló tiernamente y se despidió de ella con estas palabras:

—Que le aproveche su pastel, Eva Wandel.

Pasaron unos días, durante los cuales Eva y Otto se vieron a la salida del restaurante donde ella trabajaba. Y... en el momento en que todos los matrimonios se separaban, el muchacho se decidió al contrario. Y se casaron. ¡Se veía cada cosa en Berlín, que no importaba una más! También el matrimonio de don Otto Racionado-Normal con Eva Wandel, se incorporaba al eterno *carrhousel*.

Levantarse. Otto tenía sueño. Pero Eva le advertía de la necesidad de hacerlo, y le saltaba la máxima: «Al que madruga, Dios le ayuda». Desayunaban. Pero Otto, que se había levantado de malhumor, leía el periódico en silencio. Paz conyugal. A veces ella le ordenaba que hiciese labores propias de su sexo: lavar, limpiar, barer. Y eso, a Otto, le disgustaba. Silencio entre los dos. Paz conyugal. Ella se sentía cansada de tanto trabajar y de comer mal. ¿Te cansas? ¿Qué puedo yo hacer? Silencio. Paz conyugal. ¡Este mes has gastado muchísimo! Pero, ¿no

teidos cuenta de que el marco baja al mismo ritmo de todas las monedas del mundo? Otto no se daba cuenta de ello. Silencio. Y... paz conyugal.

Estamos en junio de 1948. Berlín vivía bajo la primera de las siete reformas monetarias determinadas en aquellos tiempos. Durante unos cuantos días no hubo ni pobres ni ricos, pero al fin renació la confianza en el valor del dinero. Entonces ya valía la pena de ahorrar. Sin embargo, la gente no estaba contenta; ni creía en el nuevo filón de oro. Por el contrario, presentía que se iba acercando la tormenta y acusaba su miedo ante tan ingrata perspectiva. La lección de 1944 no podía olvidarse fácilmente. La temida tormenta podía destruir nuevamente sus hogares; inutilizar aquellos tres años de trabajo propio de hormigas pacíficas. Todo el mundo deseaba que se conjurase la tormenta, pero éstas se producen a una altura tan grande que no hacen caso alguno a los deseos de las gentes, por lógicos que éstos sean.

También en el firmamento político había gruesos nubarrones. Millones de seres humanos esperaban que estos representantes de la buena voluntad del mundo, hallasen la fórmula de la felicidad. La entrada no puede ser más optimista, pero la salida... Sin embargo, el mundo no perdió la esperanza. Hubo nuevas reuniones internacionales, y los alemanes, como todas las demás mortales del planeta, confiaban en que aquellos hombres, reunidos en torno a una mesa redonda o cuadrada, se entendieran de una vez. Pero ni se entendían ellos, ni había quien los entendiera. Las frases amables con que se saludaban al llegar a la reunión, se convertían en palabras explosivas, y, lo que es peor, en artefactos llenos de dinamita.

Sonrisas, frases corteses, golpes afectuosos en la espalda. Pase usted primero. Y entraban cogidos del brazo en el salón de

la conferencia. Pero... unas horas, o unos minutos, después salían disparados como cohetes. No había habido acuerdo, ni principio de acuerdo, sino ruptura, frases ogrias, duras, poco apropiadas en el terreno de la diplomacia.

Y así una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete conferencias. Los porteros estaban cansándose ya de abrir y cerrar puertas.

Finalmente, los representantes de las potencias interesadas en el porvenir de Alemania, se decidieron por la política de las puertas abiertas. Por la menos descansarían los porteros. Los políticos se enorgullecían de dejar vía libre para todo aquel que quisiera entrar o salir.

Veamos cómo se desarrolla una de esas reuniones, con representantes americanos, franceses, británicos y soviéticos. Un caballero hace uso de la palabra para decir que se pronuncia en contra. Uno de los reunidos le pregunta por qué. Y el interpelado dice que se pronuncia en contra de que se le pregunte por qué se pronuncia en contra. De esta manera no hay posibilidad de entenderse.

Se levanta un francés y pronuncia su discurso con música de vals marsellés, esos que se oyen a través de los acordeones. Y luego un americano, para expresar su opinión con gestos que concuerdan exactamente con los compases de un fox-trot. Música de jota como fondo de una polémica internacional. Y después, el representante soviético, con acompañamiento musical y mimico adaptada con rara precisión a las notas descritas en el pentagrama por Mussorgsky o Rimsky-Korsakoff.

En un rincón de la estancia donde se discute sin cesar, entre nerviosismos, frases detonantes y humo de cigarrillos de marcas francesas, inglesas, americanas y rusas, un globo terráqueo, cuyo futuro se discute con lógico pero excesivo apasionamiento.

De pronto, algo inesperado. El que presumía de más puro, lanza una colilla encendida todavía. Y va a parar en un punto determinado del globo terráqueo: Corea. La chispa, la llama, el incendio, el volcán... ¡Las castillas del mundo!

Entre tanto los nubarrones se concentran cada vez más sobre Berlín. La tormenta causó muchos daños, llevándose las traviesas

del ferrocarril e inutilizando las vías fluviales, por cuyo motivo, el único acceso a la ciudad desde occidente era el de la vía aérea.

Otto seguía deambulando por las calles, como un fantasma. Estaba casado, pero había perdido ya la ilusión. Cuando se había absorbido en sus graves cavilaciones, alguien le llamó:

—¡Otto! ¡Aquí, aquí! ¿Qué tal estás? Ya estoy de vuelta.

EL AMIGO

En Zúrich, en el antiguo Zúrich, que estaba de so-
la de la noche.

—Es tanto más de lo que está. La casa me ha parecido
pequeña, pero el fin me ha gustado.

El mundo está como siempre. En estos días
de guerra, la vida humana, como si no hubiera pasado
un día.

—Pero Otto, ¿qué haces aquí? Porque la familia de
tus padres.

—Ah, si me acordaba que la vida.

—Amigo Otto, ¿qué haces aquí? Yo voy a
ver que me quede. Vamos a vivir una vida. Entonces
¿qué?

Entonces me voy a vivir a Zúrich, como lo estabas
—¡Otto! ¿Entonces? ¿Vas a volver a Zúrich en la
—Entonces me voy.

—Ah, ¿no estás seguro? ¿Que me digas de nuevo
que la vida?

EL AMIGO ZEITHAMMER

Era Zeithammer, su amigo Zeithammer, que acababa de salir de la cárcel.

—He tardado más de lo que creía. La cosa era un poco complicada, pero al fin conseguí volver.

El muchacho estaba como ensimismado. Su rostro más pálido que nunca. Su aire, desmayado, como si no hubiese comido en un mes.

—Pero, Otto, ¿por qué pones esa cara? Pareces un funeral de tercera!

—Ah, si no fuese más que la cara... se.

—Animo, Otto. Hay que hacer frente a la vida. Ya estoy otra vez aquí para ayudarte. Vamos a tomar una copita. Entremos aquí.

Entraron en un bar cuyo propietario conocía al estraperlista.

—Hola, Zeithammer. Veo que todavía hay justicia en Berlín —exclamó con ironía.

—No han podido probar nada. Sirve tres dobles de cerveza. Hoy lo pago todo yo.

Y viendo que Otto seguía absorto, se desprendió, con un afectuoso golpe en la espalda:

—Pero, Otto, ¿no puedes animarte un poco? ¿Conoces el último chiste del americano y el ruso? Te lo voy a contar a ver si te ríes, hombre.

Entre tanto, en una mesa del bar, dos hombres estaban discutiendo asuntos de política internacional.

—No me cansaré de repetirlo — decía el uno — que nosotros podemos resolver el problema. La única solución posible es la guerra. Ya se convencerán todos. El Ejército rojo se pondrá en dos días a lado del canal.

—Un momento, ¿Os figuráis que los occidentales duermen? Ya abriréis los ojos cuando las primeras superfortalezas estén en el Oder, pues así habrá de ocurrir — replicaba el otro.

—Razone con lógica. Es ridículo pensarlo. Permitame que me ria de lo que usted dice. ¿Usted presume de estrategia? Pues bien, le diré que desde el aire resulta imposible conquistar un país. Se lo digo yo, que estuve al mando de una compañía de tanques.

—Pero, ¿cómo se las arreglaría para imponer la paz? Yo soy comandante de una escuadrilla de bombarderos y estoy muy enterado de estas cosas. Le aseguro que una bomba tirada contra las vías del ferrocarril, los dejaría a ustedes completamente inutilizados — afirmaba resueltamente el partidario de los occidentales.

—La conquista de la paz es cosa exclusivamente nuestra. Somos los únicos que... A propósito, ¿podría darme un cigarrillo?

—¿Cómo no, camarada? Y en compensación, ¿tiene usted la amabilidad de invitarme a una copita?

—Con mucho gusto, camarada.

—A su salud.

—A la suya... Pero, continuando la polémica, he de demostrarle gráficamente lo que he venido sustentando.

Y cogiendo un lápiz se dispuso a hacer un poco de estrategia.

—Suponga usted que esta es el Rhin (y trazó una línea sobre el mármol de la mesa). Basándose en el plan de Schlieffen, y

con la experiencia adquirida el año 1940, no dudará de que los tanques pueden arrollar fácilmente todo este sector...

—Ah, pero no ha contado usted en sus cálculos con nuestros nuevos bombarderos — replicó el occidentalista —. Antes de ponerse en movimiento todos estos tanques, la línea estaría rota, llevándoles al fracaso más absoluto.

—Con apretar un botón, vuestra ciudad desaparecería — exclamó, seguro de sí mismo, el rusófilo.

—¡Vaya una novedad! Y si lo apretamos nosotros desaparece la vuestra.

—Todo depende de quien sea el primero que apriete, porque el que venga después...

Otto, que se hallaba escuchando la conversación, en vez de atender a las palabras jocosas de su amigo Zeithammer, no pudo contenerse ya, y, dirigiéndose a los que estaban discutiendo, exclamó fuera de sí:

—¡Eso sería una tragedia!

—Tragedia, desde luego, pero supondría, al fin, la paz para todos. Pero... oiga, joven — observó el sovielizante. ¿Se puede saber a quién está usted espiando en este bar?

El dueño del establecimiento afirmó enérgicamente que no toleraba discusiones allí. Pero nadie le hizo caso. El otro cliente se dirigió también al pobre Otto para increparle:

—Lo mejor es que no se meta en lo que no le importa, ¿me ha oído? Esto es más serio de lo que usted mismo supone. Se trata, simplemente, de ser o no ser.

Y siguieron la discusión, soltando unas frases que querían ser lapidarias, pero que eran prestadas a oradores de uno y otro bando: «Luchamos por la unión de nuestra patria»; «luchamos contra intervenciones extranjeras»; «la unidad del pueblo es lo que importa»; «unos quieren la paz y éstos somos nosotros; y otros quieren la guerra, y son nuestros enemigos...»

Pero la discusión no se reducía a un intercambio de frases más o menos altisonantes y convincentes. También Otto formaba parte de la contienda, aun sin decir nada.

Los dos contraopinantes le convirtieron en un muñeco de tra-

po, zarandeándolo de un lado para otro. Se lo echaban como si, desposeído de su personalidad, de su forma humana, fuese una cosa inanimada.

—Si tanto le interesa el asunto, voy a explicárselo bien — dijo uno de ellos dirigiéndose al otro y echándole encima al pobre Otto.

—Desde el punto de vista objetivo... — apuntó el segundo, haciendo lo propio con nuestro amigo.

—Nosotros queremos la paz...

—Nosotros también...

Otto seguía zarandeado por los dos bandos. Había querido contemporizar y en eso radicaba precisamente su nuevo infortunio. De las manos de uno pasó a las del otro, y así sucesivamente hasta caer de bruces en el suelo, como muerto. Todos quedaron como paralizados. Antonio Zeithammer, el estraperlista, fué quien reaccionó el primero, haciéndolo en un tono irónico, burlón, muy propio de él, porque estaba seguro de que el percance no ofrecía ninguna novedad.

—... Siete, ocho, nueve... Knock-out — exclamó como un árbitro de boxeo.

Otto no daba señales de vida. ¿Habría muerto a consecuencia del golpe recibido al dar contra el suelo?

—Otto, Otto. ¡Levántate!

— ¿Qué es eso? — preguntó el alemán, mirando a los dos hombres que se acercaban.
— ¡Es un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

— ¿Un alemán? — preguntó el alemán, mirando al español con los ojos abiertos.
— ¡Sí, un alemán! — exclamó el español, señalando al alemán con el dedo.

LA TRAGEDIA

No había ninguna duda, por desgracia. Su pulso había quedado interrumpido; el corazón cesó de latir. Otto terminaba su triste existencia por meterse a redentor en una discusión entre dos estrategas de café.

Muerto. Muerto, sí. Y había que enterrarle. Trasladaron su cuerpo, y pocas horas después lo depositaron en una caja de madera, después de haberlo vestido de blanco, con una túnica confeccionada a base de retales, pues era difícil encontrar piezas enteras y flamantes en el Berlín de 1948.

Y llegó la triste hora de darle sepultura. Junto al cadáver, se hallaban, vestidos de riguroso luto, el estraperlista Antonio Zithammer, la coqueta señora Hollen, un funcionario municipal, y aquel hombre pedante, insoportable, que en todas las ocasiones se limitaba a decir y a repetir hasta la saciedad que «era el colmo».

En primer lugar, la esposa del malogrado Otto Racional-Normal. Todos lloraban amargamente su desaparición. ¡Era tan buen muchacho!

—El colmo, sí señor; el colmo; el colmo, sí señor; el col-

—no, sí; el calmo, sí señor; el calmo... — seguía diciendo el insoportable pedante.

Haciendo guardia al ataúd, dos hombres de rostro severo, rígido, vestidos con largas levitas negras. ¿Eran los empleados de las pompas fúnebres? No, eran los custodios de la muerte de Otto, aquellos que discutían en el bar, sobre la eventualidad —o la necesidad — de una nueva guerra.

—¡Levanten la caja — ordenó uno de ellos — ¡De frente, march!

Otros dos individuos, de funeraria aspecto, obedecieron la tajante orden. Y la comitiva se puso en marcha. Pero... sólo se levantaron la cubierta del ataúd. El resto — incluido el cadáver — quedó en el suelo. La caja, de tipo único, no estaba bien clavada. Pero eso fué una suerte, porque si los materiales hubiesen sido buenos, ya no se hubiera hablado más de Otto Racionado Normal. En cambio, ahora...

Por lo visto, el forense examinó el cadáver muy a la ligera, pues de haberlo hecho más a fondo, como era su deber, hubiera observado que Otto no estaba muerto del todo. El corazón de un verdadero berlinés no deja de latir tan pronto. Eso también estaba obligado a saberlo el médico forense.

Levantamente, el supuesto cadáver se levantó.

«¿Dónde estoy? — pensaría sin duda al despertar de su letargo — Y, ¿cómo me han vestido, y quién me puso así? ¡Qué túnica más rara!»

El pobre Otto no sabía que no tenían otra cosa que ponarle. Hubo que vender su traje único para poder enterrarle. ¿Con qué hubiera pagado Eva el féretro de su esposo?

Otto empezó a comprender. Allí estaban todavía los cuatro cirios encendidos y los restos de la caja mortuoria en la que le habían metido, creyéndole difunto. Sí, sí, estaba visto: le habían tomado por un muerto y en aquellos mismos instantes iban a enterrarle. ¿Qué hacer? ¿Ir o no ir a su propio entierro? Otto vaciló antes de decidirse. Pero no podía perder mucho tiempo, sino, por el contrario, darse mucha prisa, pues se exponía a llegar

cuando estuviese ya sepultado. Optó por presenciar la fríste ceremonia. Al fin y al cabo era su deber, y su satisfacción. No todas podemos decir lo mismo: haber presenciado cómo abrían nuestra sepultura, cómo bajaban nuestro cuerpo con unas cuerdas y como echaban las paletadas que habían de cubrirnos para siempre.

Antes de ponerse en marcha, resolvió, despojarse de las extrañas vestiduras que llevaba de cuando era cadáver. La túnica se descompuso en varios trozos, y Otto quedó tan poco vestido que casi apareció desnudo.

Mas eso importaba poco. En los momentos supremos no cuentan los pequeños detalles. Con paso ligero, Otto se dirigió hacia el cementerio, que se hallaba a muy poca distancia de allí.

Un hombre, vestido de negro, pronunciaba un discurso, empleando un tono grandilocuente, indicadísimo en tan grave circunstancia:

—Permítanme ustedes, amigos míos, que en mi calidad de funcionario del distrito correspondiente, pronuncie unas palabras de sincera condolencia. Estamos aquí para cumplir un penoso deber: el de dar sepultura al último exponente de la raza de los racionados normales.

Una voz interrumpió la brillante peroración fúnebre del funcionario. Era la voz del propio Otto:

—Pues no, señores; lo he pensado mejor; he comprendido que resulta muy poco grato fallecer en plena juventud. Aquí tienen ustedes a Otto Racionado-Normal, y perdonenme si me presento como si acabara de venir al mundo. Pero ya que equivocadamente hemos venido al cementerio, me atrevo a proponerles que enterremos otras cosas...

VIDA NUEVA...

Nadie sabía qué decir. Se encontraban ante un resucitado, pero ninguno de ellos gritó ni se puso a correr. Como petrificados, contemplaban la escena, y a medida que se iban dando cuenta de que no era aquella una visión de ultratumba, aceptaban la realidad de las cosas, y hasta aquel insólito caso les parecía algo normal.

Otto continuaba hablando tranquilamente:

—Sí, señores, podemos enterrar muchas cosas. A mí por ejemplo me gustaría sepultar el miedo! el miedo al porvenir, el miedo a los hombres; el miedo a la guerra; el miedo a la paz...

Y dirigiéndose a los presentes, exclamó vivamente:

—¿Es que no tenéis nada que enterrar, vosotros?

Ninguno respondió a la pregunta. Y fué entonces cuando Otto Racionado-Normal, el resucitado, se dirigió a su amigo el estraperlista para decirle:

—Antonio, Antonio Zeithammer, ¿no crees que tu egoísmo merece estar bajo tierra, a la misma profundidad donde ahora querías enterrar mi cuerpo?

Antonio Zeithammer bajó la cabeza, confundido. Quien caña,

otorgo. Y Otto lo aprovechó para tenderle la pala y rogarle que la llenara de tierra, invitándole a sepultar, en el hoyo abierto, su egoísmo. El estraperlista obedeció.

Luego se encaró con el pedante, con el de la insoportable cantilena de «el colmo, si señor; el colmo, sí; el colmo, si señora», y le dijo:

—¿Y no hay que enterrar también la indiferencia y el mal-humor?

Otto le ofreció la pala con tierra suficiente para cubrir estos dos defectos que caracterizaban al pedante. Esto aceptó mansamente la invitación del ex-difunto, pero no pudo evitar de murmurar, como era su costumbre:

—El colmo, si señor; el colmo, sí; el colmo, si señor.

Le tocó el turno después a la señora Hollen:

—¿No cree usted que es preciso sepultar también la coquetería, la vanidad...? Tome, señora Hollen.

Y le brindó asimismo pala y tierra, con la que la señora Hollen llenó un poco más la sepultura vacía.

Quedaban aún los que habían discutido en el bar, y fueron causantes de la muerte — afortunadamente no confirmado — de Otto Racionada-Normal, y dirigiéndose a ellos, exclamó:

—Y el odio, ¿no hay que enterrarlo también?

Aquel hombre, rígido, severo, de rostro impenetrable, no quiso ceder fácilmente a la invitación:

—Yo no lo enterraré nunca.

—Pero, ¿es que no piensas cambiar? ¡Ah, el odio!... ¡el odio!

A pesar de que no parecía muy dispuesto a sepultar los odios, Otto insistió, pero no con palabras, sino con un gesto, el que consistió en ofrecerle la pala. Al fin el hombre cedió, depositando una paletada de tierra en el hoyo.

La ceremonia se terminó así. Otto Racionada-Normal se dirigió a Eva Salzer, su esposa, y cogiéndola por el tallo se alejó con ella hacia la puerta del cementerio para reanudar los dos una vida en común que estuvo a punto de ser truncada. Había

que dar las gracias a los malos materiales, pues si el atóvil en el que reposaba Otto hubiese sido de buena calidad, en aquellos momentos él estaría enterrado para siempre.

. . .

Señoras del año 2048: acabamos de referirnos a unos episodios ocurridos en la ciudad de Berlín hace cien años, allá por el año 1948. ¡Hace ya tanto tiempo! ¿Quién se acuerda? Por entonces, una nube tormentosa amenazaba de nuevo con la catástrofe mundial. ¿Cómo descargó sobre la humanidad?

Nuestra pareja — Eva y Otto — supieron resolver perfectamente su problema esencial: el amor. Lo demás, ¿qué importaba!

FIN

La mejor literatura
la encontrará Ud. en

Ediciones Biblioteca Films

«Serie especial»

CUANDO QUIERE UN MEXICANO
ASI SE QUIERE EN JALISCO
DIEGO BANDERAS
PERJURA
JORGE NEGRETE (Biografía)
LA CAMARA DIABOLICA (1.ª parte)
EL RAYO DE LA MUERTE (2.ª parte)
LA DOLOROSA
TABLAN DE LAS FIERAS
LA MADRINA DEL DIABLO
SARGENTO YORK
SEDA, SANGRE Y SOL
UNA CARTA DE AMOR
UNA MUJER INTERNACIONAL
MI NOVIO ESTA LOCO
LAY, JALISCO NO TE RAJES!
TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS
LA VENGANZA DE LAGARDERE
CAMINO DE SACRAMENTO
DESTINO
EXTRAÑA MUJER
LA DAMA DE LA FRONTERA
MORENITA CLARA
MONTECASSINO

3'50 Ptas.

Jorge Negrete
Jorge Negrete
Jorge Negrete
Jorge Negrete

Flash Gordon
Flash Gordon

Rosita Diaz
Buster Crabbe

Jorge Negrete
Gary Cooper

Jorge Negrete
Jorge Negrete

George Brent
Dennis O'Keefe

Jorge Negrete
Burgess Meredith

Jorge Negrete
Jorge Negrete

Ingrid Bergman
Hedy Lamarr

Ivonne de Carlo
Evita Muñoz (Chachita)
Ubaldo Lay

«Serie especial»

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
COMO MEXICO NO HAY DOS
EL AMETRALLADORA
¡VIVA MI DESGRACIA!
TORTURA
EL FANFARRON
UNA CANCION EN LA NOCHE
ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA
MUJERES
GRAN CASINO
HOMBRES DE PRESA
EL MUNDO CELESTIAL
EL AHIJADO DE LA MUERTE
LOS TRES GARCIA
EL VERDUGO
NOCHE ETERNA
PASION QUE REDIME
NUNCA LA OLVIDARE
NOCHE Y DIA
EL BARCO DE LA MUERTE
PAULA
PERLA MALDITA. SHERLOCK HOLMES
FANTOMAS CONTRA FANTOMAS

4'— Ptas.

Rafael Rivelles
Tito Guizar

Pedro Infante
P. Infante - Trio Calaveras

Stil Jarra
Jorge Negrete

Domingo Soler
Cornel Wilda

Joan Crawford
Jorge Negrete

John Waine
Hedy Lamarr

Jorge Negrete
Pedro Infante

Margarita Andrey
Henry Fonda

Hedy Lamarr
Irene Dunne

Cary Grant
Glenn Ford

Glenn Ford
Basil Rathbone
Aime Clariond

¡¡¡ Tenga presente
este título !!!

EL PUMA

Colección moderna y apasionante de aventuras
del típico gaucho argentino de LAS PAMPAS
por
ANTONIO GUARDIOLA

PRIMER VOLUMEN

CUANDO APARECE EL PUMA

SEGUNDO VOLUMEN

LA HISTORIA DEL PUMA

200.000 letras de literatura emocionante
y sugestiva

Dibujos de
SALVADOR MESTRES

Precio 4 Ptas.

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

4 pesetas